

BOLSILIBROS
BRUGUERA

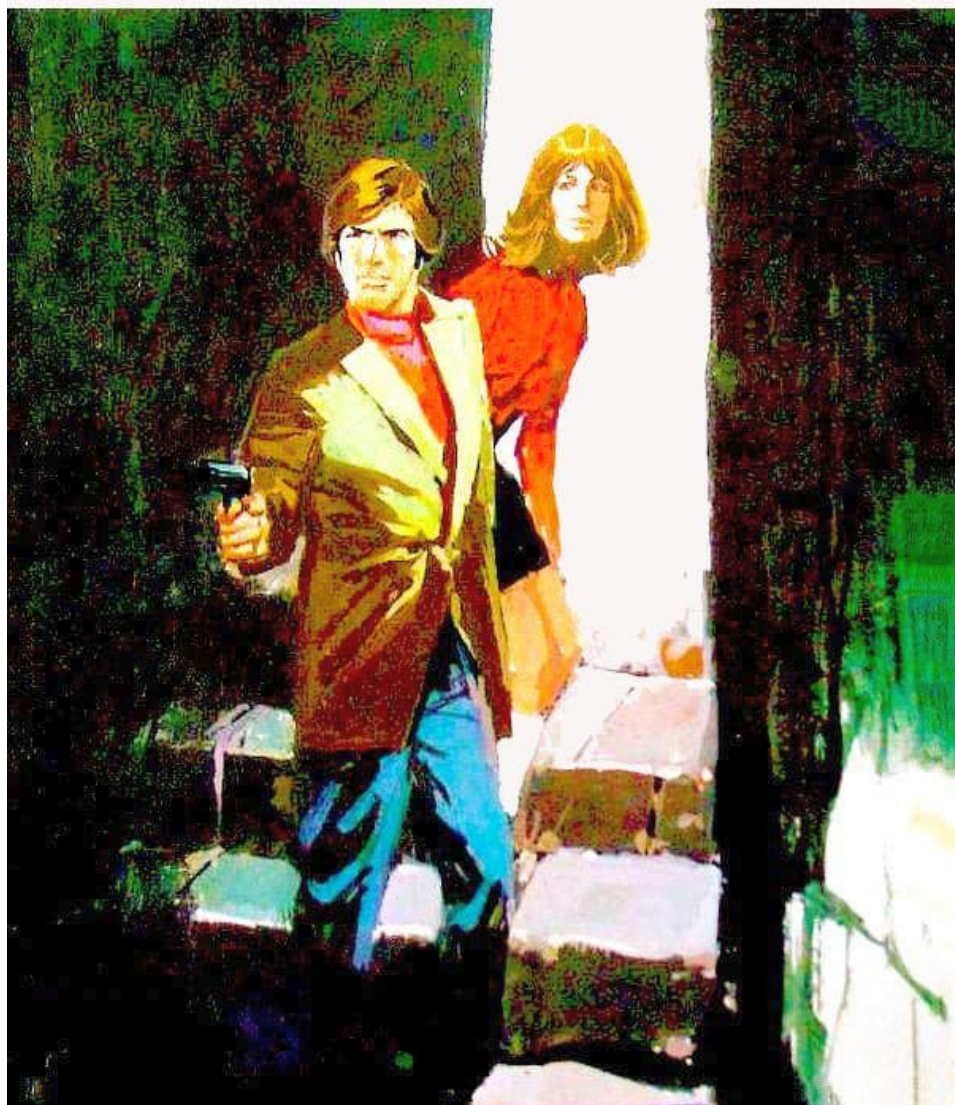
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

círculo sangriento

CLARK CARRADOS



Las puertas de la prisión se abrieron y el que ya era ex recluso se apresuró a llenarse los pulmones del aire de la libertad. Buck Spencer contempló con melancólica satisfacción aquel paisaje, del que sólo había entrevisto diminutos retazos desde la ventana de su celda, durante los tres años que había permanecido encerrado.

En la mano llevaba un modesto maletín y veintidós dólares en el bolsillo. Era todo cuanto tenía, aparte de las ropas puestas.

En circunstancias ordinarias, Spencer no se habría dejado desanimar. Tenía veintiocho años y su salud era de hierro. Cualquier hombre en sus condiciones, podía labrarse un futuro sin demasiada dificultad.



Clark Carrados

Círculo sangriento

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1245

ePub r1.0

Lds 30.05.18

Título original: *Círculo sangriento*

Clark Carrados, 1974

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Las puertas de la prisión se abrieron y el que ya era ex recluso se apresuró a llenarse los pulmones del aire de la libertad. Buck Spencer contempló con melancólica satisfacción aquel paisaje, del que sólo había entrevisto diminutos retazos desde la ventana de su celda, durante los tres años que había permanecido encerrado.

En la mano llevaba un modesto maletín y veintidós dólares en el bolsillo. Era todo cuanto tenía, aparte de las ropas puestas.

En circunstancias ordinarias, Spencer no se habría dejado desanimar. Tenía veintiocho años y su salud era de hierro. Cualquier hombre en sus condiciones, podía labrarse un futuro sin demasiada dificultad.

A condición de que no tuviera tras sí un pasado como el suyo, con cinco años de condena, de los que sólo había cumplido tres por buena conducta. La gente miraba muy mal a los ex presidiarios. Tendría que enseñar su documentación cada vez que pidiera trabajo. Era fácil imaginarse lo que sucedería.

Pero con lamentaciones no conseguiría nada. La penitenciaría estaba separada de la carretera, a unos seiscientos metros de distancia. Dentro de media hora pasaría el autobús que conducía a la ciudad. Tenía el pasaje pagado, en el bolsillo.

Echó a andar. A lo lejos se divisaban las Sutton Hills, a cuyo pie se encontraba Leavitt Cross. Pero él iba más lejos, al otro lado de las colinas, bastante más lejos.

Caminó con paso vivo, siguiendo el ramal de carretera que le llevaba a la secundaria 72. Siempre había gente en el empalme esperando al autobús y siempre se apeaba gente del vehículo. El presidio era el punto común de procedencia o de destino de todos los que se detenían en aquel paraje.

Spencer no volvió la vista atrás ni una sola vez. Vagamente reparó en un coche parado a un lado del camino, pero no le prestó demasiada atención. Sentía alas en los pies. Trataba de evitar el pensar en lo que había pasado durante aquellos tres años que le parecieron no iban a tener fin jamás.

De pronto, oyó que le llamaban:

—¡Buck! ¡Huck Spencer!

La voz salía del coche. Spencer miró con curiosidad a la mujer que estaba tras el volante y que le hacía señas con la mano.

—Venga, acérquese —solicitó ella.

Spencer se aproximó al vehículo. La mujer le pareció alta, delgada y de unos cuarenta años. Tenía la nariz ligeramente ganchuda y usaba lentes con una gran montura de concha.

—Soy Molly Tythall —se presentó la mujer—. Puede llamarme Molly, simplemente, sin tratamientos. Entre, le llevaré a Mandeville.

Spencer continuaba inmóvil. Molly se dio cuenta de su actitud más bien hosca y recelosa.

—¿Tiene miedo de mí? —rió—. No voy armada ni he tenido una pistola en mi vida. Y creo que le va a interesar mi propuesta. Aunque no le podré decir todo, hasta que estemos en Mandeville.

—Molly, ¿quién la envía? —Spencer rompió al fin su silencio.

—Se lo diré cuando haya subido al coche. De lo contrario, sería capaz de dejarme plantada.

—Me está picando la curiosidad —confesó él.

La maleta voló hasta el asiento posterior. Spencer dio la vuelta al automóvil, abrió y se sentó junto a Molly, que arrancó de inmediato.

—¿Y bien, cuál es el nombre?

—Elynor Ransome.

Las facciones de Spencer se contrajeron bruscamente. Sin dejar de atender a la conducción, Molly le pasó con la mano derecha un paquete de cigarrillos.

—Fume y tranquilice sus nervios, Buck —indicó—. Por favor, no pronuncie palabrotas; me fastidia enormemente que los hombres sean mal hablados.

—Tendría motivos para proferir palabrotas, ¿no le parece?

—Según su actual punto de vista, sí. Pero no se preocupe, pronto cambiará de modo de pensar.

—¿Cuándo, Molly?

—Cuando hable con Elynor, claro.

—¿En una esquina y debajo de un farol?

Molly lanzó una corta carcajada.

—Buck, usted no está enterado de la verdad —dijo—. ¿No se le ha ocurrido fijarse en el coche?

—Parece bueno...

—Lo es. Pertenece a Elynor.

—Vaya, su «negocio» rinde —comentó Spencer sarcásticamente.

—Quizá Elynor le dijo en cierta ocasión que no tenía padres, lo cual es cierto. Pero no le habló de su abuelo.

—No, no me habló. Ni del resto de la familia tampoco.

—Ella misma ni siquiera conocía su existencia. Le creía muerto.

—Y, de repente, apareció con montañas de dinero —se burló Spencer.

—Aunque usted no lo crea, fue así. El abuelo surgió del fondo del mundo, podrido de billetes, pero ya sólo vivió un par de meses. El corazón, ¿comprende?

—De modo que Elynor quedó como heredera de ese tesoro de fábula.

—Sí. Y empezó a pensar y, entre otras cosas, me contrató a mí como secretaria personal. Bueno, nos contrató a mi hermana Peggy y a mí. Peggy se ocupa más bien de la cosa social, aunque, cuando es necesario, me echa una mano o yo se la echo a ella. Peggy y yo somos abogados y teníamos bufete abierto, pero parece que la gente no confía mucho en que sus pleitos sean defendidos por dos mujeres. Elynor nos hizo la oferta de trabajar para ella y aceptamos encantadas.

—Sí, ya entiendo. Oiga, Molly, dígame, ¿cuánto heredó Elynor?

—En este momento, y una vez abonados los impuestos correspondientes, su capital asciende, en cifras redondas, a unos quince millones de dólares.

Spencer silbó.

—Para una chica que callejeaba como lo hacía ella, no está mal —dijo.

—Usted sigue resentido con Elynor.

—Imagínese. Me gustaría tener tanto dinero como ella. Probaría su perjurio y...

—Buck, Elynor declaró perjudicialmente contra usted, porque tenía una pistola apoyada en los riñones.

—No me diga —exclamó él burlonamente—. Yo pensé que había declarado en falso por un par de dólares.

—No la conoce bien, Buck. El día en que sepa qué clase de mujer es Elynor, será capaz de arrodillarse para besarle los pies —dijo Molly, muy seria.

* * *

El coche había salvado ya las colinas, por medio de un puerto de suaves pendientes y ahora descendía hacia la llanura, a cuyo final se encontraba Mandeville, a unos treinta kilómetros todavía. Grandes extensiones de la llanura tenían aspecto semidesértico, con zonas peladas y largas barrancadas, en cuyo fondo reinaba un calor de infierno.

La conversación había languidecido. A través de sus gafas oscuras, Spencer contemplaba el paisaje. Todavía no se divisaba Mandeville. Detrás de ellos quedaba una tenue nube de polvo. Spencer se dijo que las cosas habían cambiado considerablemente. Cambiarían más aún, si aceptaba el plan apenas revelado por Molly.

Pero no conocería más detalles hasta que estuviese en presencia de Elynor, la mujer que, con su declaración le había enviado a presidio. Hubiera bastado con que ella hubiese dicho un: «No lo sé», para que el veredicto fuese de inculpabilidad por falta de pruebas.

Pero no había sido así y ya nadie le arrebataría los tres años pasados en la cárcel. Era mejor no pensar en ello, se dijo.

De pronto, Molly lanzó una exclamación:

—¡Buck, creo que nos siguen!

Spencer volvió la cabeza. Un coche de color oscuro rodaba tras ellos, a unos doscientos metros de distancia.

—¿Hace, mucho que lo ha visto? —preguntó.

—Al salir de Leavitt Cross. Se situó detrás de nosotros y, desde entonces, ha mantenido la misma distancia. Esto no me gusta, Buck —confesó Molly, repentinamente aprensiva.

—Acelere —recomendó él.

—Sólo un poco. Las curvas, aunque amplias, no permiten desarrollar toda la velocidad posible.

—Y antes dijo que no tiene armas —murmuró Spencer amargamente.

—Así es. Yo...

Molly no pudo continuar. El supuesto coche perseguidor les pasó de repente, aprovechando un tramo relativamente recto.

Spencer pudo ver tres hombres dentro del vehículo, pero su aspecto le pareció corriente. El automóvil alcanzó una curva y desapareció de su vista.

—Molly, aprensiva —dijo burlonamente.

Ella suspiró con fuerza.

—Mejor que no haya sido nada —contestó.

Apenas veinte segundos más tarde, al rematar la curva, vieron que otro coche les cerraba el paso.

Dos de los ocupantes se habían apeado. El conductor seguía en su sitio. Uno de los que estaban fuera, les apuntaba con un arma.

Molly lanzó un chillido. El instinto le hizo desviarse hacia la derecha. Había una suave y larga pendiente, con algunos matorrales, pero acababa bruscamente en una barrancada de paredes verticales, a unos cincuenta o sesenta metros de la carretera.

Se oyó una rápida serie de disparos. Las balas entraron en el coche. Molly gritó agudamente.

Spencer se sintió sacudido por una serie de tremendos botes. El suelo, visto desde el camino, parecía liso, pero no lo era. A su izquierda, Molly lanzó un gemido:

—Me han dado, Buck.

—¡Frene, frene! —gritó él desesperadamente, viendo que el barranco se acercaba de modo amenazador.

CAPÍTULO II

De pronto, el coche chocó contra un enorme pedrusco, que detuvo su marcha en seco. Spencer fue arrojado hacia adelante, aunque logró parar con las manos la mayor parte del impacto. La portezuela se abrió por sí sola y, ansioso de salvarse, se tiró fuera.

Gateó frenéticamente. Al otro lado del pedrusco había unos espesos arbustos, bajo los cuales se metió. El borde del barranco estaba a dos o tres metros de distancia.

Molly debía de estar muerta, se dijo, mientras sentía en su pecho el loco galopar de su corazón. De pronto, a través de los ramajes, vio a Molly.

La mujer estaba viva, aunque parecía bajo los efectos de un fortísimo *shock*. Todo el lado izquierdo de su vestido estaba manchado de sangre. Salían sonidos inarticulados de su garganta y agitaba los brazos incoherentemente.

Dos de los emboscados corrían por la ladera hacia abajo. Spencer hubiera querido que la tierra se lo tragase, pero no podía hacer más que clavar las uñas en el suelo. De pronto, vio que Molly, enloquecida, se dirigía a los atacantes, apostrofándoles salvajemente.

La ametralladora tableteó de nuevo. Parte de la cabeza de la mujer voló por los aires en sangrientos pedazos. Molly se derrumbó instantáneamente.

—¡Spencer, Spencer! —gritó uno de los asesinos.

—Ve por la izquierda, Red —dijo el otro—. Debe de estar escondido por alguna parte.

Spencer continuó en el mismo sitio. Ahora ya sabía lo que pasaría, si le encontraban. La suerte de Molly era un claro anticipo de la suya.

Permaneció quieto, sin respirar siquiera. De pronto, oyó pasos en las inmediaciones.

A través de los ramajes, vio a uno de los asesinos, precisamente el de la ametralladora, que caminaba hacia el borde de la barrancada. Una idea brotó de su mente en el acto.

Era desesperada, tal vez podía resultar un acto inútil; pero cualquier cosa era preferible a seguir esperando la muerte como un cordero, sin intentar nada para salvarse.

Lenta y cautelosamente, se arrastró por el suelo. Un par de segundos más tarde, se puso en pie.

El otro le oyó y empezó a volverse, aunque demasiado tarde. Spencer tiró de su metralleta con la mano izquierda. La derecha le sirvió para pegarle un fortísimo empujón. Se oyó un terrible rugido.

—¡Red, ayúdame!

Había quince o veinte metros hasta el fondo de la barrancada. Un cuerpo humano volteó mientras caía, chocando un par de veces contra los salientes, hasta estrellarse en el suelo. Pero Spencer no se entretuvo a ver el resultado de su obra.

El otro atacante seguía vivo. De pronto, lo vio correr hacia él, empuñando una pistola.

Spencer se tiró al suelo. Tres o cuatro balas silbaron por encima de su cabeza. Apuntó con todo cuidado y apretó el gatillo.

Diez proyectiles salieron en un segundo por la boca del arma. Spencer mantuvo el pulso firme. Las diez balas se hundieron en el estómago del pistolero, haciéndole convulsionarse unos instantes. Luego cayó a un lado y se quedó quieto.

Entonces, Spencer se volvió y miró hacia arriba.

Asombrado, se dio cuenta de que la carretera, a causa de un saliente del terreno, era apenas visible. El coche de los pistoleros no se divisaba por parte alguna.

De pronto, oyó el ruido de un motor. Corrió al matorral y se arrodilló detrás de los ramajes. Atisbando con todo cuidado, pudo darse cuenta de que el conductor maniobraba para situar el vehículo en debida posición y no causar ninguna alarma a los ocupantes de otros coches.

Pero era evidente que había tenido que oír los disparos. Spencer decidió continuar en el mismo sitio. Sólo podían ocurrir dos cosas: o el pistolero superviviente escapaba o bajaba a ver los motivos de la

tardanza de sus compinches.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Spencer vio a un hombre que bajaba por la cuesta, pistola en mano.

El individuo parecía muy aprensivo. Spencer enseñó los dientes.

—Te voy a gastar una buena —dijo, mirando a Molly, que yacía absolutamente inmóvil a cuatro pasos de distancia.

La cara de la abogada, fea, pero simpática, había desaparecido, destruida por la ráfaga de balas. Spencer sintió una enorme ira contra sus asesinos. Aunque bien mirado, con quien debía encolerizarse era con el autor de la orden mortífera.

El conductor bajaba lentamente, observando la escena con ojos de pismo. Alcanzó el pedrusco y lo rebasó. Un par de segundos más tarde, algo le golpeó duramente en el cráneo.

Cayó, tras soltar el arma, apoyándose en las manos y las rodillas. Todavía no había perdido el conocimiento.

Spencer repitió el golpe. Esta vez, el sujeto cayó de lado.

—Ya veremos cómo explicas lo que ha pasado —murmuró.

Registró los bolsillos del conductor y se apoderó sin ningún escrúpulo de unos cincuenta dólares. Luego, con un pañuelo, limpió cuidadosamente la pistola ametralladora, borrando así todas las huellas dactilares.

El arma quedó en las manos del conductor. Spencer procuró que las yemas de sus dedos se apoyasen en distintos puntos del arma, para dar la sensación de que la había usado continuamente. Luego se incorporó y miró hacia la carretera.

Mandeville estaba ya a irnos quince kilómetros de distancia y tenía un automóvil a su disposición.

* * *

La mujer abrió la puerta de su piso y se sorprendió al ver a un hombre sentado en un sillón, frente a la puerta.

—Hola, Jane —saludó el hombre.

Los ojos de Jane Mac Leigh se desorbitaron.

—Buck Spencer —dijo.

—Aquí me tienes, hermosa —sonrió él—. ¿Tomamos una copa?

Jane empezó a rehacerse de la sorpresa recibida. Cerró la puerta y corrió hacia la botella, situada en un aparador.

—Sí, necesito un trago —dijo.

—Y sírveme a mí otro —pidió Spencer.

Jane destapó la botella. Spencer la contempló especulativamente, sin abandonar el sillón. Era una mujer de cuerpo abundante en curvas, muy rubia y de mirada maliciosa y sensual.

—¿Por qué has venido aquí, Buck? —preguntó ella, al entregarle la copa.

—Por dos cosas. De momento, sólo mencionaré la primera.

—¿Qué es?

—Informes, Jane.

Ella le estudió críticamente.

—¿Qué clase de informes, Buck? —preguntó.

Spencer mencionó un nombre:

—Elynor Ransome.

—¿He oído bien?

—Perfectamente. No hace falta que lo repitas, Jane.

—No, no es necesario. —La mujer acabó la copa—. Esa chica te hundió con su declaración.

—Yo la había visto muy pocas veces. Es bonita, toda hay que reconocerlo, pero solía situarse en otras esquinas y no lejos de un farol.

—Lo sé, pero la mayor parte de los que piensan así, y tú estás incluido entre ellos, se equivocan.

—¿Qué dices, Jane? —Respingó Spencer.

—Elynor era una «soplona».

Spencer abrió la boca, estupefacto.

—Jane, yo no creo...

—Te diré una cosa: siempre hacía muchas preguntas a los que se iban con ella. Y ninguno de los que fueron a su departamento consiguieron otra cosa que algún beso. Todos, qué casualidad, se emborrachaban antes de... pasar a mayores.

—¿Seguro, Jane?

—Seguro, Buck. Cuando se apostaba en las esquinas, veía pasar a la gente y tomaba nota de los movimientos de algunos tipos conspicuos. Luego, cuando les quería sonsacar, se los llevaba a su casa. Era muy astuta, te lo aseguro.

—Jane, eso de que todos los que se iban con Elynor se emborrachasen, resulta muy difícil de creer.

Ella sonrió maliciosamente.

—Puedo citarte cuatro o cinco nombres y, si les preguntas, todos te dirá lo mismo. Ahora bien, yo creo que Elynor les daba un narcótico, no muy fuerte, por supuesto, de modo que tenía tiempo de hacerles preguntas y sonsacarles lo que le interesaba. Luego, claro está, el visitante se quedaba dormido como un leño.

—Increíble —murmuró él.

—Puedes preguntarle a uno que se llama precisamente como tú, Buck Hallon, o a Red Logan...

—Red Logan ha muerto —dijo Spencer sombríamente, recordando la batalla que había tenido lugar aquella misma mañana, a cuarenta kilómetros de la penitenciaría.

—He leído los periódicos. También apareció muerta una mujer llamada Molly Tythall. La policía no sabe qué demonios ha ocurrido allí, aunque ha acusado de la matanza a Dan Cluther, al que le encontraron sin conocimiento y con una metralleta casi descargada en las manos.

—Es posible. Ya sabes que esa gente tiene de cuando en cuando sus piques y se lían a tiros por menos de un centavo.

Jane le miró suspicazmente.

—Yo diría que tú tienes algo que ver con ese tiroteo, pero no se me ocurrirá acusarte —contestó—. De todas formas, te daré un consejo.

—Dime, preciosa.

—Ten cuidado. Red Logan trabajaba, y ya te puedes imaginar en qué consistía su trabajo, para Hardon Towless. Hace tres años, tú y Towless no erais lo que se dice amigos del alma.

—No lo hemos sido nunca ni lo seremos jamás —contestó él hoscamente—. En cuanto leí el nombre de Red Logan, supe que la mano de Towless andaba detrás de todo este asunto.

—Así es, no cabe la menor duda. ¿Qué piensas hacer ahora, Buck?

Spencer reflexionó unos instantes.

Luego dijo:

—Fui a la cárcel acusado injustamente de algo que no había hecho. No me gusta que toda la vida se me mire como a un delincuente.

—Creo que te comprendo, pero te resultará muy difícil. Antes

has mencionado la mano de Towless. Yo diría mejor el brazo... y es largo, muy largo, Buck.

—Lo sé, Jane. Mi brazo no será tan largo, pero sí es muy fuerte.

—Ojalá lo consigas —suspiró ella—. Por cierto, has dicho que ibas a decirme dos cosas y que dejabas la segunda para luego...

Spencer se puso en pie.

Sonrió mientras abrazaba a la mujer.

—Estoy cansado —dijo.

Las pestañas de Jane aletearon maliciosamente.

—Aquí podrás descansar —contestó, con un murmullo apenas audible.

CAPÍTULO III

Entró en la habitación, alta y sumamente esbelta, elegante como una maniquí profesional, con su traje compuesto de chaquetilla cerrada, negra, y pantalones del mismo color. La tela era seda pura, de la mejor calidad. Sólo las manos y el rostro, muy blancos, aparecían fuera del traje. El pelo era tan negro como la seda.

Elynor Ransome hizo un leve gesto de sorpresa al ver al hombre que se ponía en pie al entrar ella en la estancia.

—¡Hola! —sonrió Spencer.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó Elynor, vivamente sorprendida.

—Cualquiera hubiera podido hacerlo. La tapia del jardín no es demasiado alta y la ventana estaba abierta. Simplemente, me senté a esperar.

—Podía haber llamado. Ser cortés no cuesta mucho, me parece.

—He preferido que nadie me viera. Al menos, por ahora.

Elynor se mordió los labios.

—¿Teme algo? —preguntó.

—Después de lo que ocurrió ayer, ¿qué cree usted? —rió el visitante.

—Sí, tal vez haya sido mejor así —admitió la joven—. Dígame, ¿no se pudo evitar...?

—Fueron a buscarnos —respondió él, comprendiendo el sentido de la pregunta inconclusa—. Y estaban dispuestos a matar y mataron a Molly. Yo me libré por suerte... y también porque supe contraatacar.

Había un elegante bar en la estancia. Un tanto desmadejada, Elynor se sentó en uno de los taburetes.

—Me parece que le conviene una copa —dijo él.

Elynor hizo un gesto de aquiescencia. Spencer pasó al otro lado de la barra y sacó dos copas. De pronto, frunció el ceño, aunque no dijo nada. Buscó la botella adecuada y llenó las copas.

—Beba —indicó.

Elynor tomó un sorbo. Luego preguntó:

—¿Le dijo Molly algo de lo que yo quería?

—Muy poco. Pero sea lo que sea, olvídelo. No voy a trabajar para usted.

—Escuche, Buck, le conviene...

—No —cortó él, tajante—. Usted me gastó una mala pasada cuando le tocó el turno de declarar.

—Me habían amenazado de muerte. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ojalá pudiera creerla, pero eso no importa ya ahora. Y si estoy aquí, es solamente porque Molly supo hacérseme simpática en el poco tiempo que estuvimos juntos. No venir a decírselo en persona, sí habría sido descortés por mi parte.

—Entonces, he perdido el tiempo.

Spencer se encogió de hombros.

—Como quiera —respondió—. Oiga, tiene usted una casa preciosa —exclamó de pronto.

—Deje ahora la casa —dijo Elynor, sulfurada—. Usted era enemigo de Towless...

—Ya, no. Towless me demostró su poder y no quiero tener otro enfrentamiento con él.

Ahora me buscaré un trabajo sano y decente y viviré una vida común y oscura, pero segura. ¿Me entiende?

—¿Puedo decirle que le desprecio? —exclamó la joven—. Yo pensé que era un hombre valiente y dispuesto a desafiar todos los riesgos... y ahora me sale con que su máxima aspiración es leer el periódico, en zapatillas, junto a la chimenea. ¡Vivir para ver! —concluyó Elynor sarcásticamente.

—Sobre todo, vivir. Pero al menos, déjeme que le diga que la herencia la ha cambiado radicalmente. Ahora es elegante, refinada, toda una dama, vamos. Aunque le encuentro un defecto.

—Sí —dijo ella.

Spencer había sacado una agenda del bolsillo y estaba escribiendo algo en una de sus hojas.

—No sabe elegir las bebidas —dijo, pasados unos instantes—. El *whisky* es magnífico, pero le falta un buen jerez y ésta es la hora adecuada para tomar una copa.

—Tendré en cuenta su recomendación, aunque, si no va a visitarme más, como supongo, ¿para qué quiero el jerez?

—Para otros invitados, por supuesto.

Spencer terminó de escribir y mostró la libreta a la joven. Con ojos llenos de pasmo, Elynor leyó:

«Hay un micrófono en el bar. No lo toque, deje que siga funcionando para evitar sospechas, pero tenga cuidado con lo que se habla. Ya la llamaré por teléfono, pero atienda la llamada por el supletorio de su dormitorio».

Elynor asintió en silencio.

Sonrió.

—Está bien, Buck, no puedo oponerme a su voluntad —dijo—. Suerte. —Falta me hará— contestó él.

* * *

Había un bar cerca del lugar donde vivía y entró a tomar una taza de café. La clientela era escasa en aquellos momentos.

Subió a un taburete. El bar era nuevo y no conocía a su dueño, el que le atendió con cortés indiferencia. Spencer suponía que todos los servicios de su antigua casa funcionarían ya: agua, luz, gas, electricidad y teléfono, ya que había dado orden de conectarlos pocos días antes de salir de la cárcel. Se preguntó si le convendría llamar a Elynor desde su casa.

Un hombre se apoyó en la barra, junto a él.

—¿Cómo estás, Buck? —saludó.

Spencer volvió la cabeza. Conocía al sujeto, un tipo muy aficionado a darle gusto al dedo. También le gustaba mucho emplear los puños.

—Ya puedes ver, Johnny Middam —contestó—. De vuelta al hogar.

—Mucho has tardado, ¿no?

—Tres años, Johnny.

—No, no lo decía por el tiempo que estuviste en «chirona», sino por que saliste ayer por la mañana y ya son más de las siete de la tarde.

—Si sigues así, voy a tener que sospechar que alguien te ha tenido de plantón desde ayer a las diez de la mañana, más o menos.

—Bueno, nos hemos relevado —contestó Middam con acento indiferente—. Yo era muy amigo de Red Logan —añadió de pronto.

—No sé quién es ese tipo —respondió Spencer, impasible.

—Alguien le metió ayer en el cuerpo una sarta de tiros. A su amigo Duke Feer lo tiraron por un barranco.

—Ah, sí, he leído la noticia en los periódicos. Se la achacan a un tal Dan Cluther, ¿no?

—Cluther no fue, y tú y yo sabemos quién lo hizo. Pero el jefe es comprensivo y se da cuenta de que lo único que pretendías era salvar el pellejo. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que tú, en semejantes circunstancias.

—Teniendo en cuenta que no lo hice yo, en todo lo demás, estoy de acuerdo contigo.

Oye, al decir jefe te refieres a Walt Gardiner, ¿no es así?

Middam emitió una sonrisita que no le comprometía a nada.

—El jefe sabe tu buena voluntad y no te hará nada si sigues por el mismo camino —dijo—. Lo de ayer, compréndelo, era pura precaución. Pero también convendría que lo olvidases, Buck.

—Los periódicos traen tantas noticias, que las de ayer se olvidan por la mañana del día siguiente.

—Sí, tienes razón. Bueno, Buck, suerte.

—Adiós, Johnny.

El café se había enfriado. Spencer rechazó la taza a un lado y pidió otra.

Ahora más que nunca estaba convencido de que la conversación sostenida con Elynor Ransome había sido escuchada hasta en su última sílaba. Por fortuna, en los primeros momentos, hasta que se acercó al bar, no había dicho nada comprometedor.

El encuentro con Johnny Middam lo probaba. Su jefe estaba convencido de que él no haría nada. Pero se sentía un tanto desconcertado. Middam no había admitido trabajar para Gardiner.

Y, sin embargo, era uno de sus secuaces de más confianza.

Lo cual, pensó, sólo podía significar una cosa: Gardiner era el número dos en la organización. O quizá tenía un número todavía más bajo, pero de lo que no cabía la menor duda era que el número uno pertenecía a Hardon Towless, el hombre a quien no solamente no había podido derrotar, sino que había acabado por enviarle a la cárcel.

Abonó el gasto y subió a su casa, con una bolsa de alimentos que había llevado en el coche, comprado pocas horas antes. Abrió la puerta y encendió la luz.

Momentos más tarde, comprobaba que todos los servicios funcionaban satisfactoriamente.

—Nada como el propio hogar —suspiró.

Después se prepararía la cena, decidió. Antes de dar un paso, y recordando lo sucedido en casa de Elynor, inspeccionó el piso con todo cuidado. Al fin llegó a la convicción de que no había micrófonos ocultos.

Entonces, sonó el teléfono.

Casi con ansia, levantó el aparato. Pero sufrió una ligera decepción: era Jane Mac Leigh.

—¿Buck?

—Hola, Jane —contestó él.

—Tengo una buena noticia para ti. Apunta.

—Sí, un momento, por favor.

Spencer se preparó la agenda y el lápiz. Luego dijo:

—Listo, Jane.

—Archie Colman, calle 16 Norte, 415, décima planta. Encontrarás la casa fácilmente: es la última de la calle. Después ya vienen los descampados. Además, en la planta baja, hay una sala de fiestas:

Sun's

Rays.

—Entendido, preciosa. No sé cómo darte las gracias...

—Cuando puedas darme las gracias, hazlo en persona —dijo Jane maliciosamente.

—Entendido. Oye, ¿qué hora será la mejor para ver a Colman?

—Yo diría que después de medianoche. Trabaja, es curioso, en otra sala de fiestas, mucho más lujosa que

Sun's

Rays. Ahora no recuerdo el nombre, es un poco exótico...

Te lo diré en cuanto lo recuerde, descuida.

—Gracias, preciosidad. Y ahora, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Telefonea a Elynor Ransome. Dile que la veré mañana, a las seis, en el parador que hay en el lado sur de Sweet Lake.

—Ya tienes humor de ir allí con este tiempo —se quejó Jane.

—En este tiempo y en día de trabajo, el parador es un sitio solitario, y eso es, precisamente, lo que me conviene. Adiós, Jane.

—Suerte, Buck.

Spencer colgó el teléfono. Reflexionó durante unos instantes y luego, tras consultar la hora, decidió que tenía tiempo sobrado de prepararse la cena antes de ir a visitar a Archie Colman.

En tiempos, Colman había sido contable de la Southern Transports. Y merecía la pena hablar con él, ahora, al cabo de tres años, cuando antes no quiso despegar los labios para proporcionarle los informes que, con toda seguridad, le habrían evitado ir a parar a la cárcel.

CAPÍTULO IV

Se apeó en el octavo piso y, por precaución, subió los dos restantes a pie. En una de las puertas del rellano vio el nombre del ocupante: «A. Colman».

Iba ya a presionar el botón de llamada, cuando se contuvo. Quizá sería más conveniente entrar de sopetón, sin dejarse advertir previamente. La sorpresa podría resultar un eficaz aliado.

Tanteó el pomo. La puerta estaría cerrada con llave, pero eso no representaba ninguna dificultad para él. Sin embargo, se llevó la sorpresa de ver que sólo estaba echado el pestillo simple.

Abrió. Un extraño olor asaltó de repente su pituitaria.

Conocía muy bien aquel olor. Estaba seguro de que alguien había disparado una pistola no hacía siquiera un minuto. Naturalmente, tenía que haber usado silenciador para no despertar a los vecinos.

De repente, se le erizaron todos los pelos de la nuca.

El asesino estaba todavía en la casa. Armado, mientras él no llevaba encima un mal cortaplumas.

Probablemente, se dijo, al otro lado de la puerta, dispuesto a volarle la nuca en cuanto franquease el umbral.

Con la mano izquierda, tanteó el interruptor de la luz. Quería ver a su adversario, no le hacía gracia la idea de tener que sostener una lucha a oscuras.

Al mismo tiempo que encendía la luz, cargó con el hombro derecho. Pero la puerta giró sin encontrar el menor obstáculo.

Ello le hizo tambalearse. Incluso cayó de rodillas, buscando apoyo con las manos, justo en el preciso instante en que un hombre aparecía en la puerta que comunicaba con el interior de la casa y la emprendía a tiros contra él.

La primera bala se perdió en el pasillo. La segunda se hundió en la jamba de la puerta. La tercera, atravesó la misma puerta..., pero el pistolero no conseguía fijar la puntería; aquel diabólico individuo, llegado tan inoportunamente, no se estaba quieto un solo segundo.

Spencer daba vueltas continuamente sobre sí mismo. De pronto, encontró una silla y la lanzó hacia delante con todas sus fuerzas, haciéndola avanzar resbalando por el suelo.

La silla tropezó con las piernas del pistolero y le hizo tambalearse. El instinto le hizo abrir los brazos. La pistola escapó de sus dedos y cayó al suelo.

Inmediatamente, se agachó para recobrarla, pero antes de que la tocara, un cráneo humano le golpeó en el costado con fuerza indescriptible, lanzándole a un lado.

El pistolero perneó frenéticamente. Pero también era un hombre ágil y se incorporó con singular rapidez, echándose en el acto sobre Spencer.

El joven repelió el ataque con una formidable tanda de puñetazos, que hicieron retroceder a su enemigo. Para rematar la pelea, Spencer disparó el puño derecho con todas sus fuerzas, sin percatarse de que el pistolero estaba junto a una ventana abierta.

El golpe lo arrancó literalmente del suelo, haciéndole salir disparado a través del hueco. Spencer se quedó estupefacto, ya que no había contado siquiera con aquella posibilidad.

Abajo se oyó un estremecedor golpazo. Spencer se preguntó por qué no había gritado el individuo mientras caía.

La explicación era bien sencilla: el último golpe lo había atontado, privándole del conocimiento. Por lo tanto, no se enteró del choque final contra el suelo.

La ventana estaba abierta de par en par, no obstante la fría temperatura del ambiente exterior. Pero Spencer sabía que Colman era un tipo aficionado a respirar aire puro, sobre todo, después de su trabajo en un ambiente de atmósfera viciada, como era el de la sala de fiestas donde estaba empleado.

Pero ahora, a Colman, el aire puro o viciado le tenían ya sin cuidado. Había dejado de respirar y la causa era el agujero que tenía en medio de los ojos.

Un lúgubre pensamiento afloró a la mente de Spencer.

—Todo el que se halla relacionado con el asunto de la Southern Transports, está amenazado de muerte.

* * *

El parador estaba situado junto al lago, en un ambiente de gran belleza. Spencer paró el coche y saltó al suelo, frotándose las manos maquinalmente. No lejos de él había otro vehículo, en el que un hombre se disponía a subir.

El coche arrancó a los pocos instantes, aunque su conductor lo paró junto a Spencer.

—Si viene a tomar algo, pierde el tiempo, amigo —dijo—. El parador sólo se abre los fines de semana. Tenerlo abierto todo el tiempo, en esta época, me haría perder dinero. —Al menos, se podrá contemplar el paisaje— sonrió él.

—Claro, es gratuito —contestó el individuo. Arrancó de nuevo y se alejó raudamente.

El sol teñía de dorados matices las copas de los árboles. Abundaban los pinos, pero también los chopos y los alerces, en donde las hojas amarillas ponían una serie de tonalidades de riquísima belleza. El ambiente era fragante, embalsamado.

Había un embarcadero que se adentraba en las aguas del lago. Ordinariamente, amarraban allí toda clase de embarcaciones de recreo, pero ahora sólo había atado un viejo bote de remos.

De pronto, cuando ya llegaba a la punta del embarcadero, oyó el breve toque de un claxon.

Se volvió. Elynor acababa de llegar en aquel instante y corrió hacia él. Vestía gorro de piel y chaquetón de paño, con cuello de pieles, y pantalones oscuros. Era una visión radiante de gracia y hermosura.

—Perdóneme, pero hubo un ligero atasco en la carretera y me he retrasado unos minutos —se disculpó ella, todavía acezante.

Spencer sonrió.

—No tiene importancia —contestó—. ¿Qué le parece el lugar?

—Adecuado para la entrevista —admitió Elynor—. ¿Quién era la mujer que me llamó?

—Una buena amiga —dijo él ambiguamente—. ¿Se ha enterado de la muerte de Colman?

—Sí. Fue contable de la ST. Ahora trabajaba en el Monkadero.

—Vaya, el nombre exótico que Jane no podía recordar. Está usted bien enterada de ciertos detalles de importancia, a lo que observo.

—Me interesa. Y a usted también.

—Yo fui a parar a la cárcel, recuérdelo.

—Por mi declaración. Pero no tenía otro remedio que hacerlo.

—A ver, explíquelo.

—Mi madre estaba impedida. Me amenazaron con matarla si no declaraba como querían. ¿Sabe cómo pensaban asesinarla? Una bomba de tiempo, detonada por radio. No era muy potente, pero junto a la bomba había una lata plana de cuatro litros de gasolina. Hubiera ardido con su silla de ruedas, ¿comprende?

Spencer asintió.

—¿Cómo supo que era cierto? —preguntó.

—Después de que todo acabó, un día me hicieron salir al campo y me dijeron que mirase en determinada dirección. Sonó una explosión y vi arder la gasolina. Era la bomba que habían quitado de la silla de ruedas de mi madre.

—Pero ¿no se enteró ella...?

—Lo hicieron por la noche. Sufría mucho y tenía que recurrir a los calmantes para poder dormir. Entonces, descansaba. Ellos lo sabían, lo sabían todo... menos una cosa.

—¿Sí, Elynor?

—Usted creyó siempre que yo era una buscona. En cierto modo, no andaba usted descaminado, pero yo sólo elegía a los hombres que me podían servir de algo.

—Les hacía beber y los narcotizaba, me dijo Jane.

—Su amiga, ¿no? Bien, es cierto, pero lo que nadie sabe todavía es que el narcótico contenía una pequeña dosis de pentotal. Era una fórmula ideada por un buen amigo mío, químico estupendo, al que me confié cuando me dispuse a llevar a cabo el plan.

—Eso de pentotal me huele a algo parecido a suero de la verdad —dijo Spencer.

—Justamente. Eran tipos que no soltaban prenda, ni siquiera con media docena de copas en el cuerpo. El pentotal, en cambio, les hacía ser tan charlatanes como cotorras.

Brillaron los ojos de Spencer.

—Magnífica idea —exclamó—. Supongo que usted tendrá un registro detallado de todas las informaciones.

—Sí, aunque me faltan todavía unos cuantos tipos por interrogar. Pero ya no pude seguir: ellos se dieron cuenta y entonces fue cuando pusieron la bomba en la silla de ruedas de mi madre. Después, supongo, el resto de la cuadrilla debió de ser advertido de lo perjudicial de mi compañía. Yo misma lo advertí también, por eso no insistí en continuar desempeñando aquel poco agradable papel.

—Bien, ¿qué pasó después? Me refiero, naturalmente, a lo que ocurrió una vez que yo entré en la cárcel —quiso saber Spencer.

—Aunque usted lo dude, en casa siempre vivimos bien, sin lujos excesivos, pero sin dificultades económicas. Luego, claro está, vino la herencia del abuelo manirroto.

—Quince millones de dólares.

—Más o menos. El abuelo fue siempre un tipo algo raro; yo creo que vivía fuera de este siglo. Pero quizá por eso mismo ganó esa fortuna. Y cuando se enteró de lo que había ocurrido, volvió a él su viejo espíritu de clan. Mi madre iba a morir pronto y él me dejó toda su fortuna. Con una condición: debía emplearla, incluso íntegra, si hacía falta, para vengar la ofensa hecha a la familia Ransome.

—Bartholomew Ransome fue acusado de algo que no había hecho y fue a parar a presidio. Su corazón no pudo soportar el golpe —dijo Spencer.

—Exactamente. Mi abuelo se enteró. Para él fue como si a su hijo le hubiesen pegado dos tiros. De haberse encontrado en la plenitud de sus fuerzas, habría venido a Mandeville y se habría liado a tiros con esa banda de prevaricadores y asesinos, que también se deshizo de usted, enviándole a la cárcel. Pero como se daba cuenta de que era imposible, prefirió dejarme la tarea. La empecé, pero no pude concluirla. —El pecho de Elynor se agitó de pronto—. Y estoy dispuesta a gastarme todo el dinero del abuelo, si es preciso, para enviar a esos granujas a la cárcel.

—¿Lo haría de veras? —sonrió él, un tanto sorprendido por la vehemencia que latía en las palabras de la joven.

—Hasta el último centavo —aseguró ella.

—No sería necesario que gaste tanto. Quince millones dan

mucho de sí; pero lo importante es interrogar al resto de la pandilla.

—Tengo la lista en el bolsillo. ¿Cómo le parece que podríamos dar principio a los interrogatorios? En cuanto tenga todas sus declaraciones, estará completo el mosaico y... y la ciudad saltará por los aires.

—¿Conserva todavía la fórmula del narcótico?

—Mi amigo me facilitará un frasquito, con las dosis suficientes para una docena de personas. Se vio en apuros y yo le eché una mano. Haría todo lo que yo le pidiera, porque ya le iban a embargar la casa y su mujer estaba esperando el primer hijo. Pasó una mala racha y mi ayuda le sirvió para rehacerse por completo.

—Está bien. Cuando pueda, vaya a verle y...

Algo interrumpió a Spencer bruscamente.

El estampido de un arma de fuego.

CAPÍTULO V

Era un rifle, adivinó Spencer en el acto, por el volumen sonoro de la detonación. La bala silbó agudamente entre los dos y levantó un chorrito de agua de la tranquila superficie del lago.

Elynor gritó, pero fue porque Spencer la empujó sin remilgos, haciéndola caer sobre las tablas del embarcadero. El siguiente proyectil envió por los aires una nube de astillas, junto al pie izquierdo de Spencer.

—Nos quieren matar —gimió ella.

—¿Tiene usted armas? —preguntó Spencer.

—No, nunca uso...

—Yo tampoco —masculló él.

Por fortuna, el tirador había escogido mal su emplazamiento y los disparos le salían un tanto forzados, debido a que estaba en una punta que se adentraba en el lago, a cien metros a la izquierda de la pareja y a un nivel algo más bajo. Pero en el momento en que se le ocurriera cambiar de posición, podían darse por perdidos.

De pronto, Spencer concibió una idea.

—Elynor, ruede sobre sí misma y quédese suspendida de las manos, agarrándose con un pie al borde del embarcadero. ¿Ha visto películas de indios?

—Sí, claro.

—Será algo parecido, aunque no montará en un *pony* lanzado a todo galope. Pero las vigas del embarcadero son casi tan gruesas como usted y la protegerán.

—Está bien, pero ¿qué hará usted?

—Ya lo verá. Vamos, emiece a moverse.

La joven obedeció. De pronto, Spencer se puso en pie y echó a correr hacia el edificio del parador.

El rifle detonó de nuevo. Las balas silbaron agudísimamente. Dos de ellas se clavaron en la barandilla del embarcadero. Pero en cinco segundos, Spencer pudo ganar la protección del enorme caserón y se apostó junto a una de las esquinas.

El silencio volvió. Spencer trató de normalizar su respiración, mientras pensaba que podían producirse dos situaciones. El asesino, fallado su golpe, quizá se sentiría inclinado a escapar. O tal vez, confiado en su armamento, se acercase al parador para rematar la obra.

Esperó unos momentos. Elynor continuaba en la misma postura. Una vez le dirigió una mirada interrogante, pero él la tranquilizó con un gesto.

De pronto, sonaron pasos en las inmediaciones.

El parador tenía una larga veranda, que corría a lo largo de tres de sus fachadas. La veranda era elevada, sustentada por recios postes de madera, y quedaba a unos setenta u ochenta centímetros del suelo.

Spencer se metió inmediatamente debajo del entarimado y aguardó expectante. Los pasos se acercaban lentamente.

De pronto, divisó unas piernas a un par de metros de distancia. El asesino parecía sentirse desconcertado al no ver a ninguna de sus dos presuntas víctimas.

Bruscamente, sus pies se afirmaron en el suelo. Spencer adivinó los motivos de la postura.

Ha visto a Elynor y apunta hacia ella, pensó.

Una fracción de segundo más tarde, se lanzaba hacia delante. Empujó con ambas manos en los muslos del sujeto, haciéndole caer por tierra.

Se oyó un atroz juramento. Spencer abandonó su refugio. El asesino pugnaba por incorporarse.

El rifle yacía sobre la hierba. Spencer se apoderó de él. Elynor gritaba a lo lejos.

El asesino, al verse desarmado, sacó una pistola. Arrodillado, Spencer hizo fuego.

Sonó un rugido. Dos brazos se agitaron frenéticamente. Luego, un cuerpo humano rodó por la pendiente, hasta hundirse en las aguas del lago.

El rifle y la pistola siguieron a su dueño. Spencer inspiró con

fuerza.

—¡Elynor, ya puede venir! —gritó.

Ella acudió a los pocos segundos. Sus rasgados ojos negros miraban a Spencer con admiración y temor a un tiempo.

—Ha estado a punto de morir —dijo.

—Bueno, la cosa ha estado peliaguda —sonrió él—. Pero, en cierto modo, aunque me tranquilizo por un lado, me preocupo por otro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Elynor, intrigada.

—El tipo la buscaba a usted. Estoy seguro de que no esperaba verla aquí acompañada.

—Quieren asesinarme...

—Después de lo que ha pasado, ¿le extraña? Elynor hizo un gesto con la cabeza.

—Towless no perdona —murmuró.

—No, ni él ni el Círculo de Oro. Y ya sabe a quiénes me refiero, al pronunciar esta frase.

—El Círculo de Oro —repitió ella—. Está compuesto por la media docena de sujetos que esquilman a la ciudad.

—Sí, Elynor.

—¿Y no podremos hacer nada?

—En mi opinión, lo mejor que se puede hacer es contraatacar. ¿Dónde guarda usted las grabaciones conseguidas hace tres años?

—En..., bueno, no me gustaría decirlo...

—No se lo exigiré —sonrió Spencer—. Pero le sugiero que haga una cosa. Envíe una copia de cada grabación a los cinco o seis tipos que componen el Círculo de Oro. A Towless, no, por supuesto. Es el hombre fuerte, el más duro..., pero toda estatua de hierro necesita un pedestal sólido donde apoyarse. Si el pedestal es blando, la estatua, tarde o temprano, cae.

—Creo que comprendo —dijo ella—. Sí, es una buena idea. Pero, me gustaría saber qué haría usted mientras tanto.

—Es bien sencillo: usar su fórmula maravillosa para desatar las lenguas. Mejor dicho, hacer que una persona que yo me sé la emplee, bajo mi personal supervisión, por descontado.

—¿Jane Mac Leigh?

—Sí, la misma.

—Hola, Johnny —dijo Spencer con acento lleno de cortesía.

Middam se volvió y arrugó el ceño.

—¿Qué haces aquí, Buck? —preguntó de mal talante.

—Soy un ex presidiario. Busco trabajo.

—En el Monkadero no hay trabajo para los tipos como tú. Lárgate.

Spencer soltó una risita. Agitó la mano y el barman acudió de inmediato.

—Dos de escocés con cubitos —pidió.

—Sí, señor, al momento. Middam soltó un bufido.

—Te sientes generoso, ¿eh? —rezongó.

—Bueno, siempre resulta agradable echarse un trago con un amigo.

—Yo no soy amigo tuyo, Buck. Acabo de decirte que te largues.

El barman sirvió las copas.

—Pero no eres el dueño, Johnny —dijo Spencer, después de su primer trago.

—Gardiner te dirá...

—El señor Gardiner, habla correctamente, Johnny.

—Si no hubiera gente, te rompería las narices —dijo Middam, furioso—. Está bien, el señor Gardiner te dirá lo mismo que yo: aquí no hay trabajo para ti.

—Es raro. Y yo que llegué a pensar que había un par de vacantes en el local.

—¿Vacantes? Hombre, ¿quién te ha dicho semejante estupidez?

—Bueno, uno lee los periódicos de cuando en cuando y se entera de que, por ejemplo, Archie Colman murió de un tiro; que Rudy Lavino se cayó desde un décimo piso y que esta mañana, en el Sweet Lake, encontraron el cadáver de un tal Bugson O'Malley.

Si con esos detalles sigues insistiendo en que no hay vacantes, es que yo soy tonto de nacimiento.

Los labios de Middam se contrajeron de pronto.

—Hablarás con Gardiner —dijo con brusquedad.

—«Señor» Gardiner, no lo olvides —rió Spencer, mientras lanzaba un billete sobre el mostrador.

Middam caminaba ya hacia el pasillo interior que daba a los servicios y almacenes del local. Al término del mismo y en un descansillo separado del suelo, por una escalera de cuatro peldaños, se veía una puerta.

Middam llamó a la puerta. Alguien abrió desde el interior.

—Señor Gardiner —anunció el sujeto—. Tiene una visita.

—¿Quién es, Johnny?

—Buck Spencer, señor.

Después de las últimas palabras del esbirro, hubo una pausa de silencio.

Luego, la voz de Gardiner sonó, colérica, estridente:

—Pregúntale qué quiere, Johnny.

—Trabajo, señor...

—¡Trabajo! —barbotó el dueño del local—. ¡Que se largue con mil demonios! O échalo tú mismo si no se quiere ir, ¿has entendido?

—Sí, señor.

Middam se volvió hacia Spencer, pero, con gran asombro, no lo encontró allí donde había esperado hallarlo. De pronto, sintió que le aplicaban un pie al final de la espalda.

El pie se disparó con tremenda potencia. Middam saltó hacia delante, trastabilló y rodó por la escalera, hasta quedar aturdido en el suelo de cemento. Cuando quiso reaccionar, Spencer cerraba la puerta por la parte de adentro.

Gardiner le dirigió una mirada glacial.

—He dicho que no quería verle —exclamó.

—¿Me tiene miedo? —sonrió el joven.

Por toda respuesta, Gardiner abrió un cajón de su mesa y sacó un revólver.

—Repita la pregunta —pidió.

—No, no me teme —suspiró Spencer—. Eso es buena señal, para usted, claro...

—Si no se marcha antes de cinco segundos, haré fuego —aseguró Gardiner.

Pero el visitante no se dejó intimidar por la amenaza. Tranquilamente, cruzó el lujoso despacho y se sentó en un ángulo de la mesa.

—Usted no es capaz de disparar —dijo el joven—. Aunque sí

hace que otros disparen por usted. ¿O le mandan que ordene matar a tal o cual sujeto que estorba?

Gardiner palideció.

—Nadie me ordena nada —contestó—. Soy yo el propio dueño de mí mismo, ¿lo entiende?

—¿Usted? —Spencer rió burlonamente—. Usted no es más que un títere, que se mueve cuando alguien tira de los hilos que le sostienen. El día en que ese alguien se canse, cortará los hilos y usted quedará en el suelo, convertido en un montón de trapos sin nada dentro.

—Spencer, me está hartando ya...

De súbito, las piernas del joven se pusieron horizontales. Al mismo tiempo giró velozmente sobre sí mismo. El resultado fue que sus pies se estrellaron contra la cara de Gardiner, tirándolo al suelo.

CAPÍTULO VI

Spencer saltó al suelo, se apoderó del revólver y, tras vaciar el tambor, arrojó las balas a una papelera. El revólver fue a parar al rincón opuesto de la estancia.

Gardiner trataba de incorporarse, gimiendo de dolor. Su nariz sangraba profusamente.

—Soy mal enemigo, Gardiner —dijo—. Una vez consiguieron derrotarme. Fue cosa de la inexperiencia; ahora será muy distinto y no me dejaré atrapar en una encerrona como la vez anterior.

—No sé de qué me está hablando —gruñó el sujeto, debajo del pañuelo con el que trataba de restañar la hemorragia nasal.

—Lo sabe demasiado. En realidad, no vine por nada concreto; más bien se trataba de una toma de contacto. Aunque, a decir verdad, sus tres vacantes de empleo me habían llamado un tanto la atención.

—¿Qué vacantes? —preguntó Gardiner.

—Colman, su contable; Lavino, el tipo que se cayó por la ventana del piso de Colman, después de haberle pegado un tiro, y O'Malley, el que fue hallado muerto junto al parador de Sweet Lake. Todos trabajaban para usted, ¿verdad?

Gardiner tenía el rostro ceniciento.

—He sentido muchísimo lo del pobre Archie Colman... —dijo.

—Y tanto, como que era un tipo capaz de hacer los mejores malabarismos con los números y los libros de cuentas. Pero si se decidía a hablar, usted no lo pasaría bien y, en fin, nunca faltan contables en este mundo.

—No, no, no he sido yo —protestó Gardiner—. Le juro que no he tenido nada que ver con lo del pobre Archie.

—En este caso, ¿quién ha sido? —preguntó Spencer, intuyendo la sinceridad en la respuesta de su interlocutor.

—Yo... no lo sé...

—¿Algún miembro del Círculo de Oro?

Gardiner se dejó caer desmadejadamente sobre un diván.

—No me haga hablar, se lo ruego —gimió.

—Pronuncie un nombre; no le pediré más. Y nadie sabrá que usted me lo ha dicho.

—Sid Brandon.

Spencer hizo un movimiento con la cabeza.

—He oído hablar de él —dijo—. ¿Qué hace ahora?

—Tiene una pequeña librería en Frontier Arch, en el número doscientos noventa.

También edita una revista mensual de arte.

—Sí, ahora ya recuerdo un poco más. Gracias, Gardiner.

El hombre se puso en pie.

—¿Irás a ver a Brandon? —inquirió.

—Naturalmente —sonrió Spencer, ya camino de la puerta.

—Por favor, no le diga que yo...

—Descuide, amigo; jamás delato el origen de mis informaciones.

Spencer abrió la puerta. Middam apareció delante de él y disparó el puño derecho.

Pero el joven ya esperaba algo por el estilo y se agachó velozmente. Todavía en esta postura, lanzó un terrible uno-dos

al estómago de Middam, dejándolo sin respiración en el acto. Luego culminó su obra con un derechazo al indefenso mentón del sujeto.

Pasó por encima del cuerpo inmóvil de Middam y se dirigió hacia la salida. Bien mirado, la incursión al Monkadero no había podido ser más fructífera, muchísimo más de lo que había esperado en un principio.

* * *

Elynor oyó un ruidito en la ventana de su dormitorio. Estaba sentada ante el tocador, cepillándose el pelo, y volvió la vista instintivamente hacia el origen del ruido.

Alguien le hacía señas desde el exterior, a través del cristal. La

joven abrió uno de los cajones y sacó un pequeño revólver. Luego se acercó a la ventana, enseñando el arma ostensiblemente.

Spencer sonrió. Ella hizo un gesto de sorpresa al reconocerle. Luego, con la mano izquierda, soltó el pestillo del bastidor. Spencer terminó de abrir y, cabalgando sobre el antepecho, entró en la estancia. Inmediatamente, corrió las cortinas.

—No conviene que vean a un hombre en el dormitorio de una honesta doncella; podría dar lugar a torcidas interpretaciones —dijo con jovial acento.

—Nunca me ha importado la opinión ajena —respondió ella—. Pero ¿por qué no me ha avisado por teléfono?

—¿Para qué? Tiene empleados en la casa; la propia Peggy...

—Peggy se ha despedido —atajó Elynor.

—¿La afectó mucho la muerte de su hermana?

—Bastante. Tenía un carácter bastante agriado y el choque recibido no contribuyó precisamente a mejorarlo. Llegó, incluso, a decirme, que yo era la culpable de la muerte de Molly.

—Lo que en cierto modo, es verdad.

—Molly se ofreció a ir a buscarle a la salida de la cárcel. Fue idea suya, aunque yo la aprobé, desde luego. Pero a mí no se me había ocurrido...

—Eso son bizantinismos que no conducen a ninguna parte. Molly está muerta y lo mejor que podemos hacer es descubrir a quienes ordenaron asesinarla.

—Sí, tiene razón —convino Elynor con voz opaca—. Pero ¿lo conseguiremos?

—¿Se va a desanimar ahora, después de todo lo que hizo tres años atrás? No olvide que también su padre estuvo involucrado en este asunto.

—No lo olvido, Buck —dijo ella, muy tensa.

—Bien, vayamos a lo principal. ¿Ha enviado alguna cinta?

—Todavía no. Aún no sé a quién enviarle la primera.

—Brandon —dijo Spencer.

—¿Por qué?

—Hágalo. Es el tipo que ha ordenado la muerte de Colman.

—Parece mentira —murmuró Elynor—. Conozco a Brandon; un hombrecillo tan afable, tan cortés, atento, servicial...

—Forma parte del Círculo de Oro.

—Sí, aunque no comprendo cómo ha podido llegar a semejante extremo.

—Se lo diré claramente; por ambición. Bien mirado, en el fondo no son sino enfermos mentales; sujetos que tienen el ansia de poder, pero que no llegan hasta el extremo de declararlo públicamente, porque, si lo hicieran, no conseguirían ese poder y esa fuerza de que ahora disfrutan. Pero su verdadera satisfacción estriba en saber que muchísimas personas, la mayor parte de las cuales ignoran la verdad, obedecen sus órdenes. ¿Me comprende ahora?

Elynor asintió.

—Para Brandon debe representar un enorme placer ver pasar por delante de él a tal o cual persona y saber que hace lo que él dispone, ignorando de dónde provienen las órdenes que acata, aunque se refieran a cosas tan triviales como un trabajo normal y corriente. ¿No es eso lo que quería decirme?

—Exactamente —sonrió Spencer—. Y ahora, dígame, ¿tiene la fórmula narcótica?

—Venga a recogerla mañana por la noche —dijo ella.

—¿Hora?

—La misma de hoy.

—Y la misma ruta de acceso a su casa —dijo Spencer.

—Si lo prefiere...

—Por ahora, es lo más conveniente. ¡Buenas noches, Elynor!

—Buenas noches, Buck.

CAPÍTULO VII

Sid Brandon recibió el pequeño paquete que le había entregado el cartero y, ocupado en atender a unos clientes, lo dejó a un lado. Más tarde, rasgó el papel que lo envolvía y encontró un cartucho de cinta para magnetófono.

Junto con el *cassette* había una tarjeta en la que había escritas algunas palabras. La tarjeta, si bien tenía las dimensiones de una corriente de visita, no llevaba impreso ningún nombre ni dirección. Solamente decía:

«Audición interesantísima. Escúchese
inmediatamente. Grabación de alta sinceridad».

Brandon frunció el ceño. Decía «alta sinceridad» y no alta fidelidad. Parecía una broma pesada..., pero el instinto le dijo que debía seguir las indicaciones de la tarjeta.

Buscó su magnetófono. Iba ya a ponerlo en marcha, cuando reparó en la puerta de su tienda. Colgó el cartelito de que había salido a almorzar, cerró y pasó al interior del establecimiento.

Momentos después, el magnetófono se ponía en marcha. Brandon oyó primero unas risitas femeninas. Luego captó el sonido de la voz de un hombre que se quejaba.

—Me parece que he bebido demasiado...

—Pero..., Cad, si sólo has tomado una copa...

—Han..., han sido dos... —El bostezo que emitió el hombre fue claramente percibido por Brandon—. El ca... el caso es que... me duermo...

Brandon apretó las mandíbulas. Cad Watson, adivinó en el acto.

Aquel idiota había caído en las redes de Elynor Ransome.

De pronto, sonó la voz de la joven.

—Cad, ¿me oyes?

—Sí, te oigo.

A Brandon se le pusieron de punta los escasos pelos que le quedaban. No era un experto, pero bastaba fijarse en el nuevo tono de voz de Watson para imaginarse lo que iba a seguir a continuación.

—En ese caso, dime quién disparó contra Reilly Mac Adams.

—Fue Logan, Red Logan.

—¿Por orden de quién?

—Sid Brandon.

—¿Seguro, Cad?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Logan me dijo que tenía un trabajo especial y que se lo había encomendado Brandon.

Al día siguiente leí la noticia de la muerte de Mac Adams.

—Y sacaste tus propias conclusiones.

—Sí.

—Es suficiente, muchas gracias.

La cinta quedó en silencio durante un par de segundos. Luego se oyó una voz femenina:

—¿Ha oído usted, señor Brandon?

Otra pausa.

—Señor Brandon, usted forma parte del Círculo de Oro. Esta grabación no sería prueba suficiente ni para la policía ni para un jurado, pero le pondría a usted en un serio aprieto —sonó nuevamente la voz femenina—. Por tanto, abandone la ciudad en el plazo máximo de cuarenta y ocho horas o enviaré sendas copias de la grabación al jefe de policía, al fiscal del distrito... y a Hardon Towless. Eso es todo.

Brandon sudaba copiosamente. Había que hacer algo, se dijo, pero... ¿qué?

Pedir socorro a Towless resultaría inútil. Towless no sólo se lavaría las manos, sino que, incluso, haría que lo eliminasen.

—¿Tendré que irme de Mandeville? —se preguntó, acongojado y sumido en un mar de dudas.

CAPÍTULO VIII

—Sólo cinco gotas en la copa y el tipo «cantará» como un ruiseñor —dijo Spencer. Jane le miró aprensivamente.

—¿Seguro, Buck?

—Seguro —confirmó él.

—Speedy Carlane es un tipo con muy malas pulgas. Si se entera de algo...

—Cuando se despierte, ya no se acordará de nada. Simplemente, pensará que agarró una borrachera monumental. Si preparas adecuadamente el escenario, lo creará toda la vida.

—Está bien, lo haré, pero con la condición de que estés tú.

—Claro —sonrió Spencer—. Cuando haya tomado la copa preparada, tú me harás una señal desde la ventana de su casa. Entonces, yo subiré y me ocuparé del interrogatorio.

—¿Y si no te veo por los alrededores de mi casa?

—Llámame por teléfono. Acudiré antes de media hora. Y los efectos del narcótico duran de cuatro a cinco horas.

Jane suspiró.

—Me estoy jugando el pellejo..., pero lo haré —dijo.

Spencer volvió a sonreír.

—Jane, ahora trabajas como... «asalariada», ¿no es cierto?

—El dueño del Caius me deja estar allí, pero me cobra un porcentaje demasiado alto —se quejó ella.

—Yo diría que te gustaría un día independizarte, tener tu propio local y no rendir cuentas a nadie —dijo Spencer.

—Sí, pero eso cuesta bastante dinero y yo no dispongo de la suma necesaria. Todo lo que tengo son unos seiscientos dólares en el Banco, Buck.

Spencer se dirigió hacia la puerta.

—Tal vez yo pueda un día prestarte el dinero que necesitas —dijo, antes de despedirse.

Era bastante temprano todavía. Spencer pensó que resultaría conveniente situarse en las inmediaciones de la librería de Brandon.

Había un bar casi enfrente. Spencer ocupó una mesa y pidió un doble de *whisky*. No sentía demasiados deseos de beber, pero le pareció que debía hacer un gasto algo más costoso que el de una sencilla taza de café.

En aquellos momentos, el movimiento en la librería era casi nulo. Durante una hora, Spencer sólo pudo contar tres clientes.

Transcurrió otra hora. Brandon atendió a cuatro clientes más. De pronto, un automóvil gris se detuvo ante la tienda.

El hombre que se apeó lanzó una rápida mirada a derecha e izquierda. Spencer presintió lo que iba a ocurrir.

Pero no se atrevía a intervenir. Estaba desarmado.

Y tampoco quería a dar a conocer su presencia en aquel lugar.

Pasaron algunos minutos. Repentinamente, el hombre volvió a salir.

Spencer captó un detalle singular: aquel individuo parecía caminar con paso mucho menos seguro que a la entrada. Además tenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo.

«Está herido. Brandon se ha defendido», pensó.

La portezuela trasera del coche se abrió. Súbitamente, Brandon, con el pecho y la cara llenos de sangre, apareció en la puerta de la tienda, armado con un revólver. Una mujer que pasaba por allí casualmente, casi se tropezó con él y lanzó un agudo chillido de espanto.

El revólver de Brandon chasqueó secamente. El pistolero herido se volvió con una expresión de inmensa sorpresa en sus ojos. Pero Brandon continuaba haciendo fuego y disparó hasta agotar sus municiones. Entonces, le fallaron las fuerzas y cayó atravesado sobre la acera, a cuatro pasos de su matador, igualmente caído en el suelo.

El automóvil arrancó con un rugido, en medio de una confusión total. Sonaban gritos y, a lo lejos, se oía el pitido estridente de un silbato policial. Una mujer se desmayó. Dos chillaban desafortadamente a pocos pasos de los cuerpos ensangrentados.

Spencer encendió un cigarrillo e inhaló el humo con fuerza. El

golpe le había salido bien a Towless.

* * *

—Demasiado bien, porque el hombre que envió a matar a Brandon ha muerto también —comentó a la noche, sentado en una butaca, en el dormitorio de Elynor.

—Me pregunto cómo Towless se enteró de que Brandon había recibido la cinta —dijo ella.

—A mi entender, sólo hay una respuesta: Brandon sentía un miedo espantoso y se puso en contacto con Towless. Es fácil imaginarse que Towless conoce bien a los hombres que forman parte del Círculo de Oro y calculó que Brandon era uno de los más débiles.

—Y ordenó su muerte.

—Sí, pero él debía de recelar algo y recibió a tiros al enviado de Towless. Aunque, a mi entender, lo que ocurrió fue que el asesino se confió, y así, Brandon pudo usar su revólver. Debían de estar en la trastienda, porque el primer disparo de Brandon no se oyó en la calle. Yo creo que el pistolero se entretuvo un poco para curarse someramente la herida recibida. Brandon no había muerto, como creía, y se incorporó, con sus últimas fuerzas. Salió detrás del asesino...

—Y lo mató.

Elynor llenó la copa de su visitante.

—No lo siento —añadió a continuación.

—La muerte de un ser como Brandon no es de lamentar en absoluto, sobre todo, si se piensa en las víctimas inocentes que murieron por su culpa o por la de los hombres que formaban parte de esa criminal organización. Y, créame, eso dará mucho que pensar a los otros.

—Pero la reacción de Towless será temible —vaticinó Elynor.

—Estaremos preparados —aseguró Spencer.

Y se puso en pie.

—¿Se va ya? —preguntó ella.

—Es la hora —respondió Spencer.

Elynor asintió.

—Apagaré la luz —dijo.

Y ya se disponía a hacerlo cuando, de súbito, se oyó un ligero chasquido en la puerta del dormitorio.

Spencer hizo un gesto con la mano. Elynor se apartó a un lado. Spencer se dio cuenta de que ella no le había comprendido y señaló la cama.

Elynor captó ahora el sentido de las indicaciones de Spencer y corrió a meterse en el lecho, simulando estar dormida. La puerta se abrió del todo un segundo después.

Un individuo, con el ala del sombrero caída sobre los ojos, irrumpió lentamente en la estancia. En su mano derecha se veía una pistola con silenciador.

El asesino dio un par de pasos. De súbito, el filo de una mano chocó contra su muñeca con indescriptible violencia.

Crujieron unos huesos. Se oyó un grito de dolor. La pistola cayó al suelo.

Acto seguido, Spencer agarró al individuo por el hombro y lo hizo girar hasta situarlo frente a sí. Luego disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

Elynor se sentó en la cama, mirándole con ojos desorbitados.

—Venía a matarme —dijo.

—Sí, era un obsequio de Towless. ¿Le gustaría devolverle el regalito?

—¿Cómo? —preguntó la joven.

—¿No ha visto alguna vez, en las películas de risa, a un hombre que aparece colgado de una puerta?

—Ahorcado, no —exclamó Elynor, muy asustada.

—No, mujer, claro que no; sólo colgado del cuello de la chaqueta.

Ella le miró como si no acabase de comprender del todo sus intenciones. Spencer se echó a reír.

Luego se acercó a la cama y empezó a rasgar en tiras una sábana, para atar al prisionero.

—Sería conveniente que empezase a vestirse, Elynor —indicó sin dejar su tarea—. Viajaremos en mi coche; lo tengo al otro lado de la casa.

—¿He de vestirme delante de usted?

—Ya me volveré de espaldas, mujer —contestó él con acento socarrón.

La puerta que cerraba la tapia era lisa, sin el menor asidero. Spencer emitió un gruñido de queja.

—Con esto no contaba yo —dijo.

—¿No? Debiera haberse imaginado que Towless es un sujeto que no se fía de nadie y que, ante todo, se preocupa de su propia seguridad.

—Ya lo sabía. Pero hace tres años, en lugar de una puerta de acero, había solamente una verja de hierro.

—Cuanto más alto está un hombre, más inseguro se siente, Buck.

—Sí, es una verdad como un templo —convino él—. Bueno, puesto que no podemos dejar a este pájaro tal como habíamos pensado, tendré que idear otro medio para devolver el paquete a Towless.

El pistolero yacía en el asiento posterior del coche, sólidamente atado y amordazado.

Había recobrado ya el conocimiento, pero sus ligaduras le impedían moverse.

—Y no lo puedo enviar por correo... —murmuró Spencer.

De pronto chasqueó los dedos.

—Correo aéreo, Elynor —exclamó.

—¿Cómo? —dijo ella, atónita.

Spencer se dirigió a la trasera de su coche y levantó la tapa del maletero. Luego, con una larga cuerda en las manos, se dirigió hacia determinado punto del bosquecillo que rodeaba la mansión de Towless.

Había allí algunos árboles altos y de tronco delgado y flexible. Spencer eligió el que le pareció más adecuado y empezó a trabajar.

Elynor le contemplaba estupefacta. Pero cuando comprendió sus intenciones, se aprestó a colaborar con él.

Sin embargo, no pudo por menos que formular una objeción:

—Puede matarse, Buck.

—No se perdería nada, pero, a menos que haya calculado mal, no caerá en el suelo —sonrió él.

Cinco minutos después, el pistolero yacía en la horquilla del árbol que había sido curvado hasta casi rozar el suelo con su copa. Desesperadamente, trató de escapar y rodó al suelo, pero Spencer le

golpeó de nuevo para hacerle perder el sentido.

Elynor intentó protestar. Spencer la miró duramente:

—Iba a matarla a usted. ¿O lo ha olvidado ya? —Gruñó.

Sacó una navaja del bolsillo. La tapia estaba a unos seis metros de distancia.

De pronto, Spencer lanzó un poderoso grito:

—¡Towless! —llamó a pleno pulmón varias veces.

Momentos después, se produjo dentro de la casa cierto alboroto. Hardon Towless, envuelto en una bata, asomó al porche que daba a la parte delantera del jardín.

—¿Quién es? ¿Quién diablos me llama?

La voz sonaba hacia la parte trasera.

—¡Towless! ¡Ahí le envió un regalito! —dijo el desconocido.

Había un par de hombres armados junto al dueño de la mansión. Los tres echaron a correr hacia la parte trasera del edificio, vivamente iluminada por los reflectores que había en aquel lugar.

De pronto, un objeto oscuro cruzó volando los aires. Enormemente asombrados, Towless y sus sicarios vieron que se trataba de un hombre.

La trayectoria parabólica del sujeto terminó en la piscina, en medio de un impresionante surtidor de agua. Towless empezó a comprender vagamente lo ocurrido. —La próxima vez, le tocará a usted y el viaje será mucho más largo— sonó como despedida la voz de Spencer.

Towless temblaba de rabia.

—Sáquenlo de la piscina o se ahogará —gritó a sus dos guardaespaldas, mientras se oía a lo lejos el estridor de una carcajada de burla.

CAPÍTULO IX

El teléfono sonó repentinamente. Spencer, a punto de meterse en la cama, levantó el aparato.

La voz de Jane sonó ansiosamente en sus oídos:

—Buck, ya lo tengo —exclamó.

—¿De veras?

—Sí, pero date prisa. Acaba de dormirse y... y tengo ganas de que esto acabe cuanto antes.

—Bien, no te preocupes. Estaré ahí dentro de media hora. No temas —la tranquilizó—; ahora son las doce de la noche. Estará dormido hasta las cuatro o las cinco.

Colgó el teléfono y empezó a vestirse de nuevo. Cinco minutos más tarde, hacía arrancar el automóvil.

Le sobraron otros tantos minutos del plazo señalado. Jane le acogió con visible alivio.

—Ahí está, Buck —dijo en voz baja, señalando al sujeto que dormía apaciblemente en un diván.

Spencer contempló durante unos instantes al temible Speedy Carlane, del que sabía, con toda seguridad, era uno de los «ejecutores» más despiadados del hampa de Mandeville. Carlane tenía en su haber, por lo menos, cuatro asesinatos, pero jamás se le había podido probar uno solo de sus crímenes.

—No se te habrá ocurrido hacerle una prueba —dijo, sonriendo, mientras empezaba a preparar el magnetófono que había traído consigo.

—No, claro... ¿Qué le iba a preguntar, Buck?

—La hora, por ejemplo. Anda, pregúntale y te convencerás.

Jane se mordió los labios. Luego se acercó al durmiente.

—Speedy, ¿qué hora es?

Carlane entreabrió los ojos para mirar su reloj de pulsera.

—Las doce y cuarenta y tres minutos —respondió con voz átona. Jane se volvió hacia Spencer.

—Increíble —dijo—. Está dormido como un leño y, sin embargo...

—Es su subconsciente el que te ha dado la respuesta —sonrió él—. Y el subconsciente no se engaña ni miente jamás.

El magnetófono estaba ya preparado. Spencer se arrodilló junto al durmiente.

—¿Me oyes, Speedy? —preguntó.

—Sí, te oigo.

—Eres Speedy Carlane.

—Sí.

—¿Para quién trabajas?

—Soy independiente.

—Es decir, no estás sujeto a nadie por un contrato.

—No.

—Sin embargo, sueles actuar siempre para una misma persona, al menos, la mayor parte de las veces.

—Sí.

—Dime el nombre de esa persona, Speedy.

—Halliman Standers.

—¿Cuál fue la última orden que te dio Standers?

Carlane citó un nombre. Spencer sonrió maliciosamente.

—Es decir, te ordenó que lo mataras —dijo.

—Sí —confirmó el asesino.

Spencer paró el magnetófono.

—Tengo los pelos de punta —confesó Jane.

—Debes procurar ser animosa —sonrió él—. Cuando despierte, ármale una escandalera. Dile que creíste que era un hombre y se dejó vencer al primer trago. La droga no le dejará recordar nada, aunque, por si acaso, conviene que laves bien su copa. Ah, y vacía tres cuartas partes de la botella. Así se tragará mejor la historia, ¿comprendes?

—Sí, pero, a pesar de todo, sigo sintiendo miedo...

—Piensa en tu negocio, Jane.

Ella suspiró.

—Será maravilloso no tener que aguantar las impertinencias de

algunos —dijo. Luego miró al joven con ojos ardientes—. Lástima que tengas que irte —agregó.

—Eso mismo pienso yo —contestó Spencer. La besó suavemente en una mejilla y se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia la mujer.

—Por lo que más quieras, no des a entender nada de lo que ha sucedido. Pórtate con entera naturalidad, tal como te he indicado.

—Descuida —contestó Jane.

Pero cuando se quedó sola, no pudo evitar un violento apostrofe, a media voz, dirigido a Carlane:

—Maldito asesino.

* * *

El teléfono sonó bien entrada la mañana. Adormilado, Spencer alargó la mano y descolgó el aparato.

—¿Quién...?

—Buck, soy Elynor.

El joven se despabiló en el acto.

—Hola —dijo—. Anoche me acosté muy tarde...

—¿Hubo éxito? —Total, Elynor.

—Le felicito, Buck.

—Jane colaboró decisivamente. Quiere independizarse; usted la ayudará económicamente.

—De acuerdo. ¿Consiguió algo de Carlane?

—Todo, Elynor.

¿Qué nombre pronunció?

—Standers.

Ella lo repitió con acento pensativo. Luego dijo:

—Otro de los miembros del Círculo de Oro, Buck.

—Sí, aunque también se le podría considerar como una de las piedras que componen el pedestal de la estatua.

Elynor recordó la metáfora y asintió.

—¿Cuántas más faltan hasta que la estatua se quede sin su pedestal y caiga? —preguntó.

—Tres o cuatro, aunque quizá con dos más sean suficientes.

—Bien, de acuerdo. Ahora, Buck, tengo que darle una noticia sorprendente. Towless quiere entrevistarse conmigo.

Spencer contuvo el aliento.

—¿Ha hablado con usted?

—Todavía no hace diez minutos —contestó Elynor.

—¿Qué le ha dicho?

—He pedido un poco de tiempo para reflexionar, Buck.

—¿Cuánto?

—Una hora, más o menos.

—Towless supondrá que va a consultar conmigo.

—Era lo indicado, ¿no le parece?

—Sí, desde luego.

—Bien, ya le he consultado. Deme ahora la respuesta.

—Es muy sencilla. Si Towless quiere entrevistarse con usted, que sea en su casa. La iniciativa ha partido de él, por tanto, es él quien debe tomarse la molestia y no usted.

—Así se lo diré, Buck.

—Y, añada otra cosa, Elynor: Towless debe ir solo. Dígame que si no es con esta condición, no accederá a la entrevista.

—Me parece estupendo —aprobó la joven.

—Voy a vestirme. Estaré en su casa dentro de cuarenta minutos.

—Le espero, Buck —dijo Elynor sencillamente.

* * *

Elynor abrió la puerta. El hombre que estaba bajo el dintel era de mediana estatura, muy ancho de hombros y de facciones que parecían talladas en granito.

—¿Cómo está, señorita Ransome? —preguntó el visitante con toda corrección.

Elynor se apartó a un lado.

—Entre, señor Towless —invitó fríamente.

El visitante se quitó el sombrero.

—Por aquí —dijo ella.

Entraron en una sala de recibo. Towless frunció el ceño al ver a un hombre apoyado en una elegante consola.

—Creí haber entendido que la entrevista tendría lugar a solas —dijo, volviéndose hacia la muchacha.

—Entendió mal —contestó Elynor, sin abandonar su tono glacial —. Yo le dije que usted vendría solo a mi casa o no habría

entrevista. Pero no dije nada acerca del señor Spencer.

—Hola, Hardie —saludó el joven desenvueltamente—. ¿No es así como le llaman los íntimos?

—Dejémonos de tonterías —exclamó Towless con brusquedad—. He venido a hablar muy en serio.

Elynor se sentó en un sillón, con las manos apoyadas en los brazos del mueble, y cruzó las piernas.

—Bien, empiece —dijo.

—Ustedes me están fastidiando. Abandonen —pidió Towless escuetamente.

—¿Qué pasará si no lo hacemos? —preguntó ella.

—Les barreré, les aplastaré como a unos insectos...

—Se me ponen los pelos de punta —dijo Spencer, burlón.

Towless se volvió hacia él.

—Hace tres años, fue a parar a la cárcel —dijo—. Esperaba que hubiese aprendido la lección, pero, por lo visto, tiene la cabeza muy dura. —Bastante más que Regis Clowett— sonrió el joven.

Towless enrojeció de ira. Clowett era el pistolero que había ido a parar a la piscina, tras su vuelo desde el árbol utilizado como catapulta. —¿Está bien el señor Clowett?— preguntó Elynor.

—No se burlen de mí; no he venido a soportar sus ironías. Lo que quiero es que entiendan de una vez que nadie se puede poner frente a mí o lo paga muy caro.

—Como Brandon, por ejemplo.

Towless miró a la joven fijamente.

—Brandon no se había puesto frente a mí —dijo.

—Pero le iba a abandonar y usted temió que un día se fuera de la lengua —intervino Spencer.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Elynor no tiene ahora una madre impedida, en cuya silla de ruedas se pueda poner una bomba de tiempo.

—Pero ella está viva... todavía —dijo Towless significativamente.

—Y seguirá viviendo muchos años, después de que usted se haya convertido en polvo.

—Sí —confirmó Elynor.

Towless emitió un gruñido. Luego hizo una queja sorprendente:

—Ni siquiera me han invitado a una copa. Tengo sed.

—Tráigale agua, Buck.

—Sí, Elynor.

—No quiero agua, sino *whisky* —barbotó el visitante, colérico.

—Entonces, no tiene sed.

Towless se pasó una mano por la cara.

—Esto parece la comedia de los despropósitos...

No se trata de una comedia, sino de un drama —atajó Spencer —. Entiéndalo bien; ni Elynor ni yo pensamos ceder en absoluto y no pararemos hasta destruir su maldito círculo.

Towless sonrió despreciativamente.

—No lo conseguirán —dijo—. Esperaba hacerles entrar en razón; pero ya veo que he perdido el tiempo lamentablemente. No volveré a entrevistarme más con ustedes. Ya tendrán noticias mías.

—Usted recibirá también las nuestras —dijo Spencer.

El visitante se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, miró, alternativamente, a la pareja.

—Todavía no conocen bien mi fuerza —se despidió secamente.

Elynor se puso en pie, apenas hubo desaparecido Towless.

—Es una declaración de guerra —definió.

—Exactamente —corroboró Spencer sin inmutarse.

* * *

La atractiva secretaria estaba ya poniéndose los guantes, para disponerse a salir, una vez terminada su jornada de trabajo, cuando, de pronto, entró un visitante en el despacho.

—Deseo hablar con el señor Standers —manifestó Spencer.

—Ya no es hora de oficina...

—A mí me atenderá, se lo aseguro. Dele mi nombre, Spencer; verá cómo accede a recibirme.

La chica se encogió de hombros. Luego habló a través del interfono. La respuesta fue afirmativa.

—Pero yo me marchó; ya he terminado mi horario —dijo la secretaria.

Spencer la miró de arriba a abajo.

—¿A qué hora empieza su horario de diversión, preciosa? —preguntó desenvueltamente.

Ella le miró también y sonrió.

—Llámemme mañana por teléfono y se lo diré —respondió.

—Así lo haré —prometió Spencer. Y luego se encaminó hacia la puerta señalada con el nombre del ocupante y el indicativo de *PRIVADO*.

Entró. Halliman Standers, cuarenta y cinco años, alto, calvo y de mirada glacial, le contempló desde el otro lado de su mesa de despacho.

—Dispone solamente de cinco minutos, Spencer —dijo secamente.

—Será suficiente —contestó el joven, a la vez que ponía sobre la mesa el maletín que había traído consigo.

Sacó el magnetófono. Inmediatamente, lo puso en marcha.

Cinco minutos después, el rostro de Standers parecía cubierto de ceniza gris.

—Pero... ¿cómo...?

Spencer sacó el cartucho de cinta y lo dejó sobre la mesa.

—Puede quedárselo —dijo tranquilamente—. Yo tengo otra copia.

¡Eso es un infundio! —chilló Standers—. En mi vida he conocido a ese tal Carlane...

—¿Se lo habrá inventado? —sonrió Spencer.

El otro se hundió en su sillón, a la vez que se tapaba la cara con las manos.

—Yo... yo no quería..., pero me obligaron... —gimió, completamente desmoralizado.

—¿Cómo? —preguntó Spencer.

—Me amenazó de muerte... Tenía que cumplir sus órdenes o moriría...

—Sin embargo, no pensaba así cuando se aprovechaba de la situación para obtener suculentos beneficios económicos, ¿verdad? Bien, las cosas han cambiado ya y todavía cambiarán más. Lo que pase a partir de ahora es cosa suya, Halliman Standers.

El magnetófono volvió al maletín. Spencer salió sin volver la vista atrás ni una sola vez.

CAPÍTULO X

Llamaron a la puerta. Standers se levantó a abrir.

—No me gustan las entrevistas personales —rezongó el visitante.

—Hay cosas que no se pueden decir por teléfono —contestó Standers—. Anda, siéntate.

Carlane obedeció. Standers puso en marcha el magnetófono que había comprado minutos antes.

El pistolero oyó su propia voz, agarrándose con ambas manos a los brazos del sillón.

—Increíble —dijo.

—Yo sí lo creo, Speedy —manifestó Standers.

—Pero yo no he dicho eso jamás; no recuerdo...

—A mí no me importa si lo recuerdas o no. Probablemente, estarías borracho, lo que te desató la lengua. Pero no consentiré que me pongas en peligro.

Un revólver apareció de repente en la mano de Standers. Carlane se puso en pie de un salto.

—Eh, oiga, usted no irá a...

—Sí, Speedy.

—Le acusarán de asesinato.

—Lo tengo todo preparado. Me había quedado en la oficina un poco más de lo corriente, porque tenía trabajo retrasado. Un hombre entró a robarme, aprovechando la ausencia de los demás empleados. Me defendí y le di muerte. Ningún juez me condenará, te lo aseguro.

Carlane empezó a gritar. Pero los secos estampidos del revólver ahogaron sus chillidos.

Standers sudaba copiosamente al terminar de disparar. Casi con pánico contempló el retorcido cuerpo que yacía al otro lado de la

mesa.

Carlane se movió de pronto. Standers apuntó y presionó el gatillo, pero ya no se oyó ningún disparo más: había agotado las municiones.

Pero los movimientos de Carlane eran meros espasmos. Pronto se quedó quieto y Standers pudo respirar aliviado.

Agarró el teléfono y marcó un número.

Una voz bronca le contestó a los pocos segundos.

—No me gusta que se use este número privado —se quejó Towless.

—Lo siento. Tenía que hacerlo. Soy Standers. He matado a Carlane.

Towless se quedó sin aliento.

—¡Cómo! —gritó.

—Ya lo ha oído. Spencer me dejó una grabación. Carlane declaraba en ella que yo le había dado la orden de asesinar a Robertson.

La cabeza de Towless empezó a dar vueltas.

—Pero ¿Ha tenido que matarlo en su propio despacho? —aulló.

—No se excite, hombre. Era sólo un ladrón que entró a robarme. Así lo declararé a la policía, ¿comprende?

—¡Idiota! Spencer enviará la grabación a la policía. No servirá como prueba en un juicio, pero así se darán cuenta de que no mató a un ladrón.

Standers se puso a temblar.

—¿U... usted cree? —tartamudeó.

—Estúpido, mil veces estúpido. Ni siquiera se le ocurrió consultarme antes. Venga inmediatamente a mi casa; aquí arreglaremos ese maldito embrollo, ¿comprende?

—Sí, sí, ahora mismo iré...

—Y no se le ocurra llamar a la policía, condenado idiota. Por supuesto, tráigase también la grabación. Quiero escucharla en persona. ¿Entendido?

Standers oyó un clic. Luego contempló el sangriento cadáver de Carlane. De repente, le entraron ganas de llorar.

—¿Qué dijo Carlane? —preguntó Spencer.

—Oh, se mostraba muy desconcertado —respondió Jane—. Aseguraba que no era posible, que sólo había bebido un par de copas, pero se conformó cuando le enseñé la botella casi vacía. Como tú dijiste, lo puse verde, y ello le impresionó mucho.

—Debió de creer que la supuesta borrachera le había hecho perder la memoria —dijo Spencer.

—Sí, así ocurrió.

—Está bien, nena. Cuando estés dispuesta, dime cuánto dinero necesitas para tu negocio.

—De acuerdo, Buck.

Spencer colgó el teléfono. Elynor había asistido silenciosa al diálogo.

—Standers se asustará —dijo.

—Estaba muerto de miedo, ataque, en ocasiones, quería ocultarlo.

—Es lógico. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Me gustaría escuchar las grabaciones que consiguió hace tres años —dijo Spencer.

—De acuerdo —accedió Elynor.

Estaban en la salita, en la que, precavidamente, Spencer había hecho un registro a fondo. Allí se podía conversar tranquilamente, sin temor a ser escuchados. En cuanto a la emisora del bar, seguía en su sitio, con objeto de no despertar sospechas en Towless.

Más de una vez, Spencer se había preguntado quién era el que había instalado el micrófono secreto en el bar. Y también se lo había preguntado a Elynor, pero la joven no había sabido darle una respuesta.

De repente, sonó un grito.

Spencer, alarmado, corrió hacia la puerta. Elynor, pálida y demudada, venía hacia él no menos presurosa.

—Buck, han robado las grabaciones —exclamó.

Spencer apretó los labios.

—¿Dónde las tenía? —preguntó.

—En mi dormitorio... Allí hice instalar una caja fuerte...

Spencer se dirigió al lugar indicado. El cuadro que ocultaba la caja había sido apartado.

La puerta del cofre fuerte estaba abierta de par en par.

—Elynor, no veo señales de fuerza —dijo al cabo de unos segundos de atento examen—. Eso significa que el que abrió la caja, conocía la combinación.

—¡Pero yo no se lo dije a nadie...!

—Excepto, tal vez, a Molly Tythall.

—Molly era una mujer buena y leal —exclamó Elynor.

—¿Qué me dice de su hermana Peggy?

Elynor se quedó cortada.

—¿Será posible que ella...? —murmuró.

—Se despidió a raíz de la muerte de Molly, ¿no es cierto?

—Sí, ya se lo dije a usted entonces. Peggy creía que yo era la culpable de la muerte de su hermana. Sufrió un ataque de histerismo terrible y luego... Bien, no me fue posible conseguir que aceptase ninguno de mis argumentos. La idea, usted lo sabe, partió de Molly, aunque es cierto que yo la acepté...

—¿Cree que habrá obrado por despecho?

—No me extrañaría en absoluto. La muerte de Molly provocó en ella una fortísima alteración mental. Ahora, en lugar de ayudarme, tal vez trate de hacer lo contrario.

—Es muy probable, aunque una cosa sí es segura: si sólo usted y Peggy conocían la clave de la combinación de apertura, y usted no ha sacado de ahí las cintas grabadas, a la fuerza ha tenido que ser Peggy. ¿Conoce usted su antiguo domicilio?

—Sí. Ahora residía en mi casa, pero seguía conservándolo.

Spencer contempló un instante a la joven. Elynor vestía en aquel momento un *negligée* de abundantes velos, de color rojo fuego, que contrastaba muy atractivamente con su negra cabellera y la blancura de sus facciones.

—Cámbiese de ropa —dijo—. Vamos inmediatamente a casa de Peggy.

—Sí, desde luego.

Elynor echó a correr hacia su dormitorio.

—Pantalones le irán mejor —aconsejó él, mientras se servía una copa.

* * *

Spencer forcejeó unos momentos en la cerradura. Ya sabían que

Peggy Tythall no estaba en su casa, debido a que no habían recibido respuesta a las llamadas.

Elynor contemplaba la operación con gran interés. La cerradura chasqueó de pronto.

—Paso libre —murmuró Spencer.

—Tengo un revólver...

—No se le ocurra usarlo siquiera —prohibió él, tajante.

Encendió la luz. El aspecto del piso era completamente normal.

—¿Aquí vivían ellas cuando las conoció usted? —preguntó Spencer.

—Sí, era vivienda y bufete al mismo tiempo —aclaró Elynor.

—En ese caso, guíeme al despacho, por favor.

Elynor le indicó el camino. Spencer entró en el despacho y vio que todo parecía en orden.

—Peggy no está —informó ella momentos después, al regresar de las habitaciones interiores de la casa—. Sin embargo, se cambió de ropa.

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó Spencer.

—He visto prendas íntimas tiradas sobre una cama. El ropero está abierto. No conozco el equipo que Peggy tenía aquí, pero estoy por apostar que se llevó alguna prenda de abrigo. O, por lo menos, un impermeable.

—El tiempo es fresco, desde luego. Eh, mire esto —exclamó el joven de repente, a la vez que señalaba un punto determinado en la mesa de despacho.

—¿Qué es? —preguntó Elynor.

Spencer se acarició el mentón con aire pensativo.

—Tal vez... —murmuró.

—¿Es que no quiere decirme de qué se trata? —exclamó ella, impaciente.

—Por supuesto. Mire la grabadora acoplada al teléfono.

—Sí, siempre la tuvieron, a fin de registrar llamadas en su ausencia...

—Y tal vez, en su presencia.

Elynor le miró fijamente. De pronto, Spencer presionó la tecla de contacto.

La lámpara roja de control se encendió. Spencer puso la grabadora en marcha, pero sólo se oyeron una serie de sonidos

chillones y disparatados.

—Está retrocediendo —adivinó Elynor.

Spencer asintió. Los sonidos cesaron de pronto y paró el artefacto. Luego lo hizo que funcionase en sentido correcto.

La voz de Peggy Tythall sonó instantes más tarde:

—¿Señor Towless?

—Sí, yo mismo. ¿Quién me llama?

—Peggy, hermana de Molly Tythall.

—Oh, señorita Tythall... Permítame que le exprese mis más sinceras condolencias...

—Dejémonos de ceremonias, señor Towless. Será mejor que vayamos al grano.

¿Cuánto pagaría usted por algo que puede perjudicarle muchísimo?

Hubo una corta pausa en el diálogo. Después, volvió a escucharse la voz de Towless.

—Señorita, ¿por qué no viene a mi casa y estudiamos la cuestión con toda calma, como dos buenos amigos?

—No hay inconveniente, aunque sí me gustaría que citase usted una cifra. Si me convence, iré a discutir con usted. De lo contrario, temo que no habrá conversación amistosa.

—¿Veinticinco? —sugirió Towless—. Es poco. Multiplique por cuatro.

—¡Rayos! Usted está...

—Señor Towless, sabe demasiado que perdería todo... y todo lo que usted tiene vale cien veces más que esos veinticinco mil multiplicado por cuatro.

—Está bien, cien mil. Pero traiga esos... documentos sonoros tan interesantes.

—Ah, ya ha adivinado de qué se trata.

—Por supuesto, no soy tonto. Sin embargo, nunca se me ocurrió pensar que «desertase».

—Es lícito cambiar de opinión, señor Towless.

—Muy lógico, pero, dígame, ¿qué le ha hecho cambiar de opinión, señorita Tythall?

—Usted mismo, señor Towless.

—Ella es rica. ¿Por qué no le ha pedido ese dinero para devolverle las cintas?

—Tengo mis razones. Se las explicaré cuando estemos frente a frente.

—Muy bien, le aseguro que la escucharé con toda atención. ¿Cuándo piensa venir?

—Ahora son las diez de la noche. Estaré en su casa dentro de una hora. Adiós.

Spencer paró la grabadora.

—Esa pobre mujer no sabe dónde se ha metido —dijo sombríamente—. Ha ido a casa de Towless, es cierto, pero ya no saldrá viva de allí.

CAPÍTULO XI

Towless escuchó en silencio la grabación. A su lado, Standers tomaba frecuentes tragos del vaso alto que tenía en la mano.

—Está bien —dijo Towless, cuando la grabación se hubo terminado—. Vuélvase a casa y no se preocupe de más.

—Pero... eso es peligroso... He matado a Carlane... Ellos tienen otra copia de la grabación... Ahí se dice que Carlane mató a Robertson por orden mía...

—Vuélvase a casa —insistió Towless—. No le pasará nada, se lo aseguro.

Standers se llevó el vaso a los labios. Parte del licor se derramó sobre la pechera de su camisa. Una maldición se escapó de sus labios.

Towless le miró con desprecio. Standers con paso inseguro, abandonó la estancia.

Segundos después, un hombre penetró en la sala, por la puerta opuesta. Towless estaba sirviéndose una copa.

—Boney, el señor Standers está muy nervioso —dijo apaciblemente.

—Debería ponerse en tratamiento, ¿no le parece?

—Por supuesto. Tú podrías aplicárselo, Boney.

—¿Definitivo?

—Sí.

—Está bien.

—Sé discreto, Boney.

—Descuide.

Boney Thomas salió a la terraza delantera. El coche de Standers llegaba en aquel momento a la puerta que permitía la salida del recinto.

Una hora más tarde, Thomas regresó a la casa.

—El señor Standers ha sufrido un terrible accidente —informó.

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Towless con acento indiferente.

—Se despeñó con el coche por un barranco. El automóvil se ha incendiado a continuación.

—Lastimoso, Boney.

—Los nervios del señor Standers se han tranquilizado definitivamente, señor.

—Le convenía, en efecto. Muchas gracias, Boney.

—No hay de qué.

Repentinamente, se oyó un zumbido. Towless presionó una tecla del interfono que tenía al alcance de su mano.

—Diga —murmuró.

—Señor Towless, una mujer quiere verle. Se llama Peggy Tythall y dice que está citada con usted —anunció el guardián de la entrada.

—Sí, déjala pasar, Johnny.

Towless llenó dos copas. Con ellas en la mano, recibió a su visitante.

—Es un placer, señorita —saludó, con la mejor de sus sonrisas—. ¿Quiere beber una copita?

Pero la sonrisa se heló en sus labios cuando, inesperadamente, Peggy abrió el bolso y sacó un revólver.

—No he venido a beber, ni tampoco a hacer un trato con usted, sino a pegarle cuatro tiros —anunció con voz crispada.

—Está loca —barbotó Towless—. ¿Por qué demonios...?

—Mi hermana Molly murió por su culpa. Voy a vengarla, miserable asesino.

—Oiga, escúcheme... —La frente de Towless se había llenado repentinamente de minúsculas gotitas de sudor—. Aquello fue un accidente; yo no tuve nada que ver... Mire, en lugar de cien mil, le daré doscientos...

—No me interesa su asqueroso dinero, cerdo.

Towless tragó saliva.

—Escúcheme un instante —pidió—. Sólo un instante; después, haga lo que quiera, pero antes oiga lo que tengo que decirle...

—Un minuto —concedió Peggy—. Hable.

—Verá, yo...

De súbito, una mano desvió la de Peggy con brusquedad. Thomas atacó silenciosamente, como un gran felino.

Pero en lugar de garras, tenía un estilete muy agudo en la mano derecha. Golpeó con fuerza y el acero se hundió en la base de la nuca de Peggy.

Los ojos de la mujer parecieron saltar de las órbitas. Su boca se abrió en un horrible gesto. Luego, literalmente apuntillada, se desplomó como una masa inerte a los pies del esbirro.

Towless sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

—Boney, has llegado en el momento más oportuno —dijo.

—Sí, señor —contestó el asesino—. ¿Qué hacemos con el fiambre? Creo que convendría que lo hiciéramos desaparecer de un modo absoluto.

Towless asintió.

—Sí —concordó—. Y yo sé de un lugar donde no encontrarán jamás el cadáver de esa pobre loca.

* * *

Olor de café y huevos fritos despertó a Spencer. Durante unos segundos, parpadeó, aturdido aún por el sueño, hasta que se dio cuenta del lugar en que se encontraba, el diván del salón de la casa de Peggy.

—¡Elynor! —llamó.

—Estoy en la cocina —contestó ella—. Venga a desayunar, Buck.

Spencer se puso en pie y estiró los brazos. Fue al cuarto de baño, se mojó la cara un poco y después se dirigió hacia la cocina.

—Ahí tiene el periódico —indicó ella—. He salido temprano a comprar el desayuno y me pareció conveniente leer el diario. Trae noticias muy interesantes, Buck.

—¿De veras?

—Sí. Un tal Speedy Carlane ha aparecido muerto a tiros en el despacho de Standers. Le metieron seis balas en el cuerpo.

Spencer silbó.

—Standers se va a ver metido en un buen apuro —comentó.

Ya no le importan las cosas de este mundo —dijo ella, a la vez

que empezaba a servir la mesa—. Anoche se despeñó con su coche por un barranco. Luego, la gasolina del tanque se incendió y...

—No sé quién lo dijo una vez, pero todo el que tuvo algo que ver con el asunto de la Southern Transports, acaba mal.

—Es cierto, aunque, hasta ahora, Towless va eliminando a todos cuantos podrían hacerle algún daño —opinó Elynor.

—Yo diría mejor que poco a poco su pedestal se va quedando sin piedras. En este momento, juraría que sólo le quedan dos.

—¿Quiénes, Buck?

—Ward Michels y Arthur Moore.

—Sí, pero ahora nos interesa más Peggy. Todavía no ha vuelto, Buck.

—Ya se lo dije anoche: fue a casa de Towless, pero no podía salir de allí.

La cara de Elynor expresó desaliento.

—En ese caso, Towless tiene ahora las grabaciones que ella me robó —dijo.

Spencer tomó un sorbo de café.

—No estoy muy seguro —manifestó.

—¿Cómo? —se sorprendió la joven.

—He pensado mucho antes de dormirme —dijo él—. Sí, indudablemente, Peggy se llevó las cintas, pero no creo que fuese tan tonta como para acudir con ellas a la residencia de Towless. Es más, opino que actuó de un modo independiente, pero no en contra de sus intereses, Elynor.

—¿Qué le hace suponer tal cosa, Buck?

—La grabación de la conversación telefónica. Recuerde: tuvimos que situar la cinta en posición de escucha. Yo diría que ella la dejó así, presintiendo que vendríamos a su casa y que, tarde o temprano, se nos ocurriría examinar la grabadora acoplada al teléfono. De este modo, se excitaría nuestra curiosidad y sabríamos lo que había hecho, incluyendo la hora en que terminó de hablar con Towless. Si vuelve a escuchar la grabación, se dará cuenta de que Peggy puso cierto énfasis en su acento al pronunciar la hora.

—Es posible —admitió Elynor—. ¿Qué más?

Spencer vació la taza de café.

—Es bien sencillo: Peggy quiso actuar por su cuenta, pero cometió el error, disculpable por otro lado, de ir sola al cubil de la

fiera. Sin embargo, no se llevó las cintas.

—¿Por qué no lo hizo? Towless aceptó pagar cien mil dólares...

—Elynor, ¿tenía Peggy algún arma? —preguntó él.

—Sí, un revólver de calibre treinta y dos.

Spencer hizo un gesto de desaliento.

—Sospecho que Peggy cometió el error más grave de su vida —dijo.

—¿Usted cree...?

—Confiábamos en que volviese. No ha sido así, de modo que debemos pensar lo peor. Esa pobre mujer fue a enfrentarse, con un triste revólver, a todos los sicarios que Towless tiene constantemente en su residencia. ¿Qué resultado esperaba obtener?

Elynor se estremeció.

—La habrá asesinado —murmuró.

No le quepa la menor duda —dijo Spencer, a la vez que se ponía en pie—. Y puesto que seguimos en su casa, vamos a hacer algo que no hicimos anoche, creyendo, fundadamente, que Peggy se había llevado las cintas consigo.

—¿Sospecha que siguen aquí, Buck?

—Ahora ya no lo dudo, Elynor.

—Pero ¿por qué se las llevó de mi casa? Si no pensaba pactar con Towless, realizó una acción incomprensible, ¿no le parece?

—Ya lo discutiremos más tarde. Ahora empecemos la búsqueda; es lo más urgente.

Elynor asintió. Pero casi en el mismo instante, oyeron el chasquido de la cerradura. —Viene alguien— dijo Spencer en voz baja.

* * *

El hombre asomó la cabeza con grandes precauciones. Regis Clowett escuchó unos momentos y luego, convencido de que la casa estaba vacía, entró y cerró en silencio.

Avanzó unos pasos. Llegó a la cocina y alargó el cuello. Había platos y tazas en una mesa y parecía como si hubieran sido utilizados momentos antes.

Alarmado, fue a sacar su pistola, pero en el mismo instante, algo frío y duro se apoyó en su nuca.

—Tira el arma o haré fuego —oyó una voz amenazadora a sus espaldas.

La pistola cayó al suelo. Spencer pegó un empujón al individuo y, antes de que recobrase el equilibrio, se apoderó del arma.

Clowett se volvió, lanzando una imprecación de rabia. Pero de súbito vio su propia pistola encarada contra él y levantó los brazos.

—No tire —pidió, pálido como un difunto.

—Que dispare o no, eso depende de ti y de tus ganas de contestar a mis preguntas —dijo Spencer.

—Buck, ¿no es éste el tipo que lanzamos con el árbol? —intervino Elynor—. Sí, el mismo. ¿Qué tal el vuelo?

Clowett lanzó una maldición. Spencer, sin hacerle caso, levantó la pistola.

—Dinos a qué has venido aquí o te mataré —exclamó.

La nuez del sujeto subió y bajó convulsivamente.

—E... el señor... Towless me envió... Tengo que encontrar unas cintas magnetofónicas... No sé más, lo aseguro —contestó, lleno de pánico.

—¿Quién le dio esa información a tu jefe?

—No lo sé; él me ordenó venir aquí y...

—¿Ha visto usted a una mujer llamada Peggy Tythall? —preguntó Elynor.

—No, no la conozco ni la he visto en mi vida.

—Es muy probable que este tipo diga la verdad —habló Spencer por encima del hombro.

—No es mucho —se quejó ella.

—Debemos resignarnos, Elynor. Pero también hemos de seguir adelante con el plan trazado. Vaya al dormitorio y haga tiras de una sábana. Otra vez —se lamentó Clowett.

Spencer lanzó una risita.

—No temas, no habrá segundo vuelo —dijo.

Minutos más tarde, el pistolero yacía en el suelo, convertido literalmente en un fardo. Entonces, Spencer y la muchacha pudieron dedicarse tranquilamente a la búsqueda de las cintas que Peggy había sacado de la caja fuerte.

CAPÍTULO XII

Cuando terminó de escuchar la grabación, Ward Michels tenía la cara gris. Pero aún debía escuchar un mensaje, grabado posteriormente:

—Si quiere salir con bien del lío en que está metido y que podría costarle una condena de cadena perpetua, acuda mañana, a las once, al parador del lado sur de Sweet Lake.

Arthur Moore escuchó otro mensaje idéntico. Como Michels, se puso a temblar de miedo.

A la misma hora, Spencer estaba hablando con Jane Mac Leigh.

—Sólo te queda un tipo —decía—. Se llama Rupe Feyder.

Jane asintió.

—Lo conozco —manifestó.

—En ese caso, ya sabes lo que tienes que hacer. Es la última vez que te lo pido.

—Carlane murió —se estremeció la mujer.

—Y también Standers. Los dos se lo tenían merecido.

—Esa gente... Son muy malos, Buck.

—Lo sé. Lo sé en mi propia carne. Tú no te puedes imaginar lo que son tres años detrás de unas rejas.

Me tendieron una encerrona y no pude escapar. Las cosas serán ahora muy distintas, te lo aseguro.

Ella sonrió.

—Suerte, Buck —dijo.

Spencer regresó a casa de Elynor.

—Me siento completamente desalentada —confesó la muchacha.

—¿Por las cintas que no aparecen?

—Sí. Pero, no entiendo... ¿Por qué hizo Peggy una cosa semejante, Buck?

—Peggy está muerta y no nos lo podrá explicar ya, Elynor — contestó él sombríamente.

—¿De veras cree que ha muerto?

—Sí. Tuvo que morir en casa de Towless.

—En tal caso, podríamos denunciarlo a la policía...

—Sin *corpus delicti*, nuestra denuncia carecería de efectividad.

—¿Qué quiere decir, Buck?

—Es muy sencillo. Towless se habrá ocupado de hacer desaparecer el cadáver de Peggy. No lo encontraremos jamás.

—Entonces, ¿debemos abandonar?

—¡Qué absurdo! —Spencer se escandalizó—. Todavía nos quedan algunas cartas en la manga.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Elynor.

—Michels y Moore.

—¿Acudirán a la cita?

—Seguro. Les va en ello su libertad o quizá la cabeza.

—En tal caso, Towless habrá perdido la última piedra de su pedestal —dijo la joven.

—Aún queda una. Jane Mac Leigh se encargará de averiguar el nombre. Cuando lo sepamos, nuestro círculo se habrá cerrado alrededor de Círculo de Oro.

—Ojalá sea como dice —suspiró ella—. ¿Podré acompañarle a Sweet Lake, Buck?

—Incluso sería conveniente —respondió Spencer.

* * *

El hombre se apeó de su coche y miró recelosamente a su alrededor. Reinaba un silencio absoluto, apenas interrumpido por el susurro de las hojas de los árboles, al ser movidas por una leve brisa.

La temperatura era fresca. A lo lejos, en los picachos de las montañas, se veían las primeras manchas de nieve. Pronto estaría cubierto todo de una capa blanca. En lo más crudo del invierno, el lago se helaría y los excursionistas podrían patinar por su lisa superficie.

Ward Michels dio unos pasos, irresoluto, temeroso de una trampa. En el bolsillo de su chaquetón tenía un revólver.

Spencer surgió de repente de la esquina del parador, con las manos en alto.

—No estoy armado, señor Michels —anunció.

Los ojos del aludido le contemplaron suspicaces.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Por si no lo sabe, le diré mi nombre: Spencer. Elynor Ransome ha venido conmigo.

Elynor se hizo visible en aquel momento.

—No pensamos atacarle, al menos físicamente —declaró.

—Muy bien —dijo Michels—. ¿Cuál es su propuesta?

—Hable y le dejaremos ir libre de Mandeville. Es cierto que usted se merece un buen montón de años de cárcel, pero, a fin de cuentas, no es el número uno. Incluso cabe la posibilidad de que haya sido forzado a hacer cosas que no quería.

—Sí, es cierto —admitió Michels ansiosamente—. El me obligó...

Spencer levantó una mano.

—Aguarde, queremos registrar su conversación —le interrumpió—. Venga aquí, por favor.

Michels avanzó unos pasos y dobló la esquina. Bajo el tejadillo de la veranda, divisó una mesita de excursionista, sobre la que había una grabadora.

—Antes ha dicho que él le obligó —empezó Spencer, acercando el micrófono a la boca del sujeto—. Pronuncie el nombre de esa persona, señor Michels.

—Towless, Hardon Towless.

—¿A qué le obligó?

—A dar la orden de asesinato de Andrew Carruthers...

Michels estaba visiblemente desmoralizado y habló sin presiones de ninguna clase.

Cuando terminó, Spencer le hizo una pregunta:

—Señor Michels, ¿le hemos forzado a hablar contra su voluntad?

—No, señor Spencer.

—¿Le hemos causado algún daño físico?

—No; todo cuanto he declarado ha sido libremente, sin coacción de ninguna clase.

—Muchas gracias, señor Michels.

Spencer paró la grabadora. Luego se encaró con el sujeto.

—Le recomiendo que piense en lo que les sucedió a Brandon y a Standers —dijo—. Antes de que acabe el día, Towless conocerá el contenido de esta cinta. Imagínesse cuál será su reacción.

—Sí, sí... —Michels se ahogaba al hablar. De pronto, dio media vuelta y corrió hacia su automóvil. Unos segundos más tarde, había desaparecido de aquel lugar.

Spencer se volvió hacia la joven.

—Ya sólo quedan Moore y otro —dijo.

—¿Cuál es el otro? —preguntó Elynor.

—Tardaremos en saberlo, aunque no puedo precisar el tiempo. Depende de Jane.

—Sí, entiendo. ¿Cuándo vendrá Moore?

Spencer consultó su reloj.

—Le cité para una hora más tarde, es decir, a las once de la mañana. Faltan diez minutos solamente —respondió.

—De todas formas, no creo que con esto consigamos mucho, Buck —objetó Elynor.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Ningún fiscal o juez o jurado admitirían estas grabaciones como pruebas. Por tanto, opino que estamos perdiendo el tiempo.

Spencer sonrió.

—Tiene razón en lo primero, pero no en lo segundo —manifestó—. No estamos perdiendo el tiempo, como opina. Lo que interesa ahora es completar el círculo de cinta magnetofónica. Entonces, tendremos acogotado a Towless.

—Esperemos que sea así, Buck —dijo la muchacha.

—Así será —exclamó él, plenamente convencido de lo que decía.

Un coche se divisó minutos más tarde, por el camino que conducía al parador. —Ahí viene Moore— dijo Spencer. —Confío en que no ponga más obstáculos que su compinche.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Elynor, completamente desalentada, al hablar por teléfono con Spencer, dijo:

—Lo siento, pero no se me ocurre dónde puedan estar las cintas que se me llevó Peggy. —Ya aparecerán— contestó él. —De todas formas, Peggy me preocupa aún más que esas cintas. Fue a ver a

Towless y ya no ha vuelto.

—No podremos probar que la mató...

—¿Quién sabe? No se desanime y tenga paciencia. Ya ve, ayer por la mañana, hicimos «cantar» a Michels y a Moore sin la menor dificultad. Han desaparecido de la ciudad. Towless tiene que saberlo y eso le hará sentirse muy inquieto.

—Y también amenazado, lo que quiere decir que reaccionará para evitar el peligro a cualquier precio.

—Lo sé, pero, insisto, eso no debe preocuparle. Recuerde, sólo nos falta una piedra del pedestal y pronto sabremos el nombre que hay grabado en ella.

—¿No ha tenido noticias de Jane?

—Todavía no. Es preciso aguardar la ocasión, ¿comprende?

—Sí, Buck. De todas formas, llámeme apenas tenga noticias. O, mejor, venga a verme en persona.

—Ah, quiere que vaya a verla.

—Si no le importa...

—Será un placer. Y esta vez iré por la puerta y con un ramo de flores en la mano.

Spencer colgó el teléfono. Se preguntó cómo podría averiguar la forma en que Peggy había sido asesinada. Antes de que pudiera elaborar algún plan viable, oyó el timbre de llamada.

Abrió. Un atildado caballero, con un portafolios en la mano izquierda, apareció ante sus ojos.

—Spencer, supongo —dijo el individuo, descubriéndose.

—Sí, yo mismo.

—Soy Warren, abogado de Towless. ¿Podría hablar con usted unos minutos?

Spencer se apartó a un lado. Warren cruzó el umbral, quitándose el sombrero al hacerlo.

—Empiece, abogado —dijo el joven.

—Seré muy breve. Naturalmente, es preciso dar por sentado que vengo aquí por encargo de mi cliente.

—Lógico, señor Warren.

—Bien, soy hombre de leyes y las conozco al dedillo. En este caso, hablaremos de ciertas grabaciones en cinta magnetofónica. No sirven para nada; ningún juez las admitiría como prueba en un juicio.

Spencer sonrió.

—No me dice usted nada nuevo —manifestó—. También yo conozco algo las leyes, señor Warren. Ah, y para tranquilizar a su cliente, dígame que no pienso hacerle chantaje.

—Excelente —aprobó el abogado—. Ahora bien, mi cliente se sentiría mucho más tranquilo, si usted abandonase la ciudad, hoy mismo, a ser posible. Ya sé que una marcha tan precipitada puede acarrearle perjuicios, por lo que mi cliente ha pensado que una indemnización de cien mil dólares cubrirá sobradamente esos posibles perjuicios.

El portafolios de ejecutivo quedó sobre una mesita. Warren tomó su sombrero nuevamente.

—Acéptelos, se lo ruego —dijo con voz persuasiva.

Inclinó la cabeza ligeramente y se dirigió hacia la puerta. A Spencer le pareció que el abogado se marchaba con demasiada prisa.

Warren salió. Spencer contempló unos instantes la cartera de mano.

Una súbita sospecha se infiltró en su mente. De súbito, agarró el portafolios y salió corriendo de la casa.

Llegó a la calle. Miró a derecha e izquierda, preguntándose cuál podría ser el coche de Warren.

A unos treinta pasos de distancia, Spencer divisó al abogado en una cabina telefónica. Había un automóvil cuatro o cinco metros. Warren estaba vuelto de espaldas a él.

Spencer se acercó al coche, abrió la portezuela y lanzó la cartera al asiento posterior, rogando mentalmente para no equivocarse de vehículo. Acto seguido, retrocedió y se guareció en un portal situado a unos ocho o diez metros.

Warren colgó el teléfono y salió de la cabina. Miró hacia arriba durante unos segundos y luego entró en su automóvil. Spencer respiró aliviado.

El abogado hizo girar la llave de contacto y se apartó de la acera. Pero no había llegado siquiera al centro de la calle, cuando se produjo la explosión.

El estampido no fue demasiado fuerte y no se correspondía el estruendo en absoluto con la vivísima llamarada que brotó en el interior del vehículo. Pero el fuego se propagó en contados

segundos a todo el automóvil.

En el interior, un hombre chillaba horriblemente, a la vez que intentaba escapar del fuego que lo devoraba. Spencer contempló la escena con las facciones contraídas por la ira.

Warren dejó de gritar muy pronto. Spencer pensó que era una víctima más que añadir a la larga lista de las causadas por Towless.

CAPÍTULO XIII

—Una bomba de tiempo, de no demasiada potencia, aunque conectada a una carga de fósforo, del que se usa en las granadas incendiarias. La bomba debía detonar antes de haber pasado cinco minutos de la salida del abogado; por eso se marchó con tanta prisa —dijo Spencer.

—Y usted sospechó...

—Le vi un tanto nervioso. Era evidente que sabía algo, todo, mejor dicho. Pero no fue esto sólo lo que me hizo recelar.

—¿Qué fue, Buck?

—Towless sabía que una oferta de cien mil dólares no haría mella en mí. Si no lo sabía, debía saberlo. Usted tiene tanto dinero o más que él. ¿Por qué ofrecerme esa suma, si debía de suponer que, en el peor de los casos, es decir, si yo quisiera venderme, me ofrecería al mejor postor?

—Sí, tiene usted razón —admitió la muchacha—. Pero ¿se va a vender? —preguntó intencionadamente.

—Por tres años de cárcel.

Elynor sonrió.

—Sí, ya le comprendo. Towless le montó aquella trampa...

—Al aparecer los billetes en mi casa, pareció a todo el mundo como si yo también hubiera tenido que ver con el asunto de la Southern Transports. No sólo se deshizo Towless de alguien que le molestaba enormemente, sino que, con ello, desvió por completo cualquier sospecha que hubiera podido recaer sobre él.

—Sin embargo, usted no desistió...

—Yo era inocente y él culpable. Eso es algo que usted sabe tan bien como yo. A su padre...

—Por favor, Buck —pidió ella con voz crispada—, no me

recuerde lo que pasó. —Está bien, pero ocurrió y debe tenerlo en cuenta. Estamos luchando por la misma causa, impulsados por los mismos motivos.

Elynor asintió.

—Ahora soy rica. No me importaría gastarme toda la herencia del abuelo, con tal de enviar a ese miserable a presidio para el resto de sus días.

—Lo conseguiremos, se lo aseguro.

Spencer se puso en pie.

—¿Adónde va? —preguntó Elynor.

—Peggy fue a casa de Towless, pero no volvió. Alguien me dirá qué sucedió después de la llegada de Peggy, a la residencia de nuestro hombre.

—¿Quién se lo dirá?

Spencer hizo un gesto ambiguo.

—A mí también me gustaría saberlo. —Y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere!

El joven se detuvo. Elynor corría hacia él ansiosamente. Al llegar a su lado, le puso ambas manos en el pecho.

—Buck —dijo, muy encarnada.

—¿Sucedé algo? —preguntó él.

—¿Es que no lo ve?

Spencer contempló durante unos instantes el bello rostro que tenía a unos centímetros del suyo. Luego, lentamente, dijo:

—No puede ser, Elynor.

—¿Por qué, Buck? —inquirió ella ansiosamente.

—Trate de verlo usted misma. Adiós.

Elynor quedó en el mismo sitio, con los ojos levemente empañados. Sí, ya se daba cuenta. Spencer había actuado con gran delicadeza, para no hierla.

Pero entre los dos se alzaba una barrera de muchos millones de dólares. Y en aquellos momentos, Elynor detestó su actual riqueza.

* * *

Por enésima vez, profundamente preocupado, Towless escuchó las grabaciones que tenía en su poder y de las que sabía existían

otras copias, de las que no podía apoderarse, porque ignoraba el lugar exacto donde se hallaban. No eran unos argumentos definitivos para un fiscal, pero podían hundirle.

Había luchado demasiado, había trabajado a veces hasta el agotamiento, llegando a ocupar su actual posición, y no estaba dispuesto a que una pareja de mequetrefes le llevasen a la ruina. Hasta aquel momento, Spencer había tenido mucha suerte, y también aquella chica a la que, de ordinario, hubiese podido apartar de un papirotazo.

Pero, inesperadamente, Elynor había resultado ser una rica heredera. Las cosas cambiaban; ella también tenía dinero, incluso más que él, y aunque hasta el momento no lo había prodigado, Towless era lo suficientemente astuto como para saber que, cualquier día, Elynor podía contratar un batallón de detectives.

Había que impedirlo, actuando con la máxima rapidez, aunque, por supuesto, con absoluta discreción. Pero Elynor no acudiría a su casa, como había hecho la tonta de Peggy Tythall y cuyo cadáver no sería encontrado jamás, aunque estuvieran buscándolo años enteros.

Para distraerse de aquellos amargos pensamientos, decidió pasar las grabaciones una vez más. De pronto, creyó captar un detalle que le había pasado desapercibido hasta aquel momento.

Repitió nuevamente aquella grabación. Era la de Speedy Carlane. Pero ¿qué manera de hablar tan rara era aquélla?

Parecía como si el hombre hubiese sido aleccionado previamente. No había vacilación en sus respuestas. Eran rápidas y certeras, Towless lo sabía muy bien. Su voz era segura, aunque de tonos inexpressivos.

Pero Carlane había sido un tipo muy duro. Sabiendo lo que le iba, no hubiera hablado así, tan claramente. Por tanto, había sido obligado a decir algo que le convenía mantener en secreto.

Towless se preguntó qué procedimiento se había empleado con Carlane para obligarle a hablar. Al cabo de unos momentos, llegó a una conclusión.

No pudo ser de otra manera —se dijo—. Pero ¿quién lo hizo?

Había que averiguarlo. Tocó el timbre. Boney Thomas, el jefe de guardaespaldas y hombre de su absoluta confianza, acudió en el acto.

—Boney, ¿está Regis por ahí? —preguntó.

—Sí, señor.

—Dile que venga; tengo que encomendarle algo con mucha urgencia.

—Sí, señor.

Clowett era el hombre indicado, pensó Towless. Tenía una cuenta que saldar: el vuelo por encima de la tapia hasta la piscina. Menos mal que Clowett era un hombre muy fuerte; otro cualquiera hubiera muerto, pero él había sabido resistir sin apenas daños aquel viaje de más de veinte metros.

Sí, Clowett lo haría, se reafirmó Towless en sus suposiciones, mientras, un tanto más calmado, se disponía a encender un costoso veguero.

* * *

Los ojos del hombre recorrieron la curvilínea silueta de Jane. Ella estaba apoyada indolentemente en la barra y sonreía con expresión provocativa.

Rupe Feyder quedó al fin satisfecho de su examen visual y se acercó a la mujer. Jane resultó ser mucho más accesible de lo que había calculado.

Minutos más tarde, salían de la taberna. Antes de una hora, Feyder dormía como un tronco.

Spencer, rápidamente avisado, llegó poco después. Jane le dirigió una mirada de ansiedad.

—¿Seguro que es el último, Buck? —preguntó.

—Seguro, nena —contestó él.

Preparó el magnetófono. Cuando lo tuvo listo, hizo una prueba:

—Feyder, ¿me oye? —preguntó.

—Sí —contestó el sujeto.

—Usted asesinó a David Sittins.

Feyder se agitó en el diván en que estaba echado. Spencer comprendió que una porción de cerebro se negaba a dar una respuesta comprometedora.

—¡Conteste! —ordenó perentoriamente—. ¿Mató a Sittins?

—Sí —se rindió Feyder.

El joven suspiró, aliviado.

—¿Quién se lo ordenó?

—Molly Tythall.

—¿Cómo ha dicho?

—Molly Tythall.

Spencer se sentía estupefacto. Cualquiera respuesta le hubiera parecido más aceptable que aquélla, que, por lo menos, se le antojaba desconcertante. Pero no cabía dudar de la sinceridad del pistolero.

—¿Le dio alguna explicación de los motivos de su orden? —preguntó.

—No.

Usted accedió sin más explicaciones.

—Sí.

—¿Cuánto le pagó ella?

—Tres mil dólares.

Spencer apretó el botón de paro y volvió los ojos hacia Jane.

—Parece increíble —murmuró ella.

—Pero no se puede dudar de las respuestas de ese tipo —dijo Spencer, mientras recogía los trebejos—. Bien, Jane, ya no te volveré a molestar más. Mañana mismo tendrás el dinero para que empieces a montar tu negocio.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Siempre que vayas a visitarme, tendrás una copa por cuenta de la casa —respondió.

Spencer salió de la casa, con la mente convertida en un puro torbellino. Le parecía increíble que Molly hubiera sido capaz de ordenar la muerte de una persona... y, sin embargo, debía rendirse a la realidad.

No lejos de allí, Clowett estaba hablando por teléfono:

—Se llama Jane Mac Leigh y, por lo que sé, Speedy estuvo con ella hace algunas noches. Ahora tiene en su casa a Rupe Feyder. ¿Qué hago, jefe?

La respuesta se demoró unos segundos. Towless trataba de encontrar una solución adecuada.

—Tú ya has hecho lo tuyo —dijo—. No te preocupes más.

—Bien, jefe.

Clowett colgó el teléfono y salió de la cabina. Se puso un cigarrillo, lo encendió y echó a andar.

Un hombre se cruzó con él. Los dos se detuvieron a un tiempo.

—Hola, Regis —sonrió Spencer.

Clowett soltó una maldición.

—Tengo unas ganas locas de pegarle dos tiros —masculló.

—Yo también, pero el caso es que no llevo armas —contestó el joven con acento placentero—. ¿O sí llevo armas?

El pistolero se sintió repentinamente aprensivo.

—Oiga, lo que dije era broma...

—Yo, no, hablaba en serio. Sigo hablando en serio. Pero las armas que puedo emplear no hacen ruido. Y, sin embargo, suenan tan agradablemente...

Clowett le miró con desconfianza.

—¿Se burla de mí? —preguntó de mal talante.

—Nada de eso. Me refería a billetes, montañas de billetes. No hacen ruido y, a pesar de ello, suenan como campanitas de fiesta, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio entre los dos hombres. Clowett se sintió flaquear.

—Me... me gustaría hablar de billetes —dijo al cabo.

Spencer movió ligeramente la mano izquierda. El encuentro con Clowett había sido poco menos que providencial.

—Venga conmigo al sitio donde hablaremos de montañas de billetes —invitó.

* * *

Elynor había tenido que levantarse a una hora intempestiva, pero no lo lamentó.

—De modo que el hombre que quiso asesinarme, va a colaborar ahora con nosotros.

Clowett pareció sentirse avergonzado.

—Compréndalo, yo no tenía nada personal contra usted... Me lo ordenaron...

—¿Towless?

—Sí, señorita.

Elynor se volvió hacia Spencer.

—Bien, pero todavía no me ha dicho de qué forma va a colaborar este hombre con nosotros —exclamó.

—El amigo Regis quiere marcharse de Mandeville, pero necesita

dinero —respondió Spencer.

Ella comprendió en el acto.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Le he prometido veinticinco mil —contestó el joven.

Elynor se estremeció.

—Veinticinco...

—¿No es usted la que dijo que era capaz de gastarse toda su fortuna con tal de hundir a Towless?

—Lo siento —se disculpó la muchacha, admitiendo la justeza del reproche—. Le pagaré veinticinco mil a este hombre, aunque me gustaría saber qué nos dará él a cambio.

—Muy sencillo —respondió Spencer—: Información sobre el paradero de Peggy Tythall.

CAPÍTULO XIV

El coche se detuvo silenciosamente junto al bordillo de la acera. Su único ocupante saltó al suelo y consultó el reloj.

Eran las tres y media de la madrugada. Perfecto, pensó Boney Thomas, la hora más adecuada para lo que pensaba hacer.

Miró a derecha e izquierda. No se veía un alma por la calle.

Cruzó la acera y entró en la casa. El conserje de noche dormía tras el mostrador, con la boca abierta. Thomas se la cerró de un seco rechazazo. Luego lo ató y lo amordazó, dejándolo bajo el mostrador. A continuación, se encaminó hacia la escalera.

Momentos después, se detenía ante la puerta del piso de Jane. Hurgó en la cerradura con una llave falsa, y, después de varias intentonas, consiguió abrir.

Entró sin hacer el menor ruido. Desconocía la topografía del departamento, por lo que se vio obligado a encender la luz.

Entonces presenció una escena curiosa.

Había un hombre dormido como un tronco, encima de un diván. Al lado, sentado en una butaca, otro hombre le apuntaba con una pistola.

—Bien venido, Boney —sonrió Spencer.

Los ojos del asesino se achicaron.

—Ha sido una trampa —murmuró.

—Sí —admitió el joven, sin dejar de sonreír.

Sobrevino un silencio. Thomas volvió a mirar al hombre que dormía en el diván.

—Es Feyder —dijo.

—Efectivamente.

—¿Narcotizado?

—Sí.

—Como Carlane.

—Justamente.

—¿Ha hablado ya?

—Y sus respuestas están grabadas, Boney.

—Pero no conseguirán nada...

—Eso es lo que vamos a averiguar hoy mismo, antes de que acabe el día.

—¿Cómo? —quiso saber el asesino.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Boney, ponga las manos encima de la cabeza o le meteré una bala en las tripas.

Bramando de ira, Thomas obedeció. Spencer se puso en pie.

—Voy a desarmarle —anunció—. Un solo movimiento y es hombre muerto.

Y para demostrar que no mentía, apoyó la boca del revólver en los labios del forajido. Thomas tuvo que someterse, impotente, al registro, que le dejó sin la pistola y el estilete.

Luego, Spencer dio un par de pasos hacia atrás.

—Le he arrancado los colmillos —dijo, satisfecho.

—Quiero hacerle una pregunta —manifestó Thomas repentinamente.

—No hay objeción —sonrió el joven.

¿Cómo han sabido que yo vendría aquí?

—Seré claro. Nos lo dijo su amigo Regis.

Thomas arqueó las cejas.

—¿Regis? ¡Imposible! —exclamó.

Spencer soltó una risita.

—Le convencimos con veinticinco mil dólares —dijo—. Para usted habrá el doble si «canta».

El asesino movió la cabeza negativamente.

—Yo no soy de esa clase de gente —contestó con acento despectivo.

Spencer contempló durante unos instantes las duras facciones del sujeto. Thomas era un tipo de carácter mucho más entero que Clowett. Pero, además, debía de tener sobre su conciencia hechos que le comprometían gravemente y que no podía declarar, so pena de perderse a sí mismo.

Clowett no lo había visto, pero opinaba que Thomas era el asesino de Peggy Tythall.

Esto explicaba su silencio, se dijo Spencer.

—Bien, le guste o no, hablará —dijo sin enojarse. Y llamó—: ¡Elynor!

La joven compareció en el acto.

—Vamos a llevarnos a este hombre —manifestó Spencer.

—Sí, Buck.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, Elynor. Usted, Thomas, ponga las manos a la espalda y no intente nada.

El asesino obedeció, sonriendo desdeñosamente. La boca del revólver se apoyó nuevamente en la suya, mientras Elynor rodeaba sus muñecas con una ancha tira de esparadrapo, a la que dio varias vueltas para mayor seguridad.

Otra tira de cinta adhesiva tapó la boca de Thomas. El pistolero empezó a darse cuenta de que su situación era mucho menos agradable de lo que había pensado en un principio.

Spencer lo empujó sin ceremonias hacia la salida. Jane se hallaba en la puerta de su dormitorio.

Elynor se volvió hacia ella.

—Gracias por todo —dijo—. Cumpliré la promesa que Spencer le hizo en mi nombre.

—Suerte —les deseó Jane melancólicamente. Sabía que aquella vez era la última que Spencer estaba en su casa, pero, al mismo tiempo, sentía hacia él un infinito agradecimiento, porque su oportuna intervención le había salvado la vida.

* * *

El coche se detuvo ante la cabaña solitaria, situada en la falda de la montaña, a unos doscientos metros sobre el nivel del lago y al otro lado del parador. Elynor se apeó y tras él lo hicieron los dos hombres.

—Es un lugar seguro —dijo Spencer.

—Por completo —respondió ella—. Mi padre compró el terreno y se hizo construir la cabaña aquí. En más de una ocasión, me han propuesto la venta, pero nunca he aceptado. El sitio me gusta muchísimo.

Se comprende —sonrió él. Ya amanecía y había bastante luz—. Andando, Boney.

Thomas obedeció: Rugía interiormente de ira, sabiéndose impotente para escapar. Había caído en una trampa, se dijo, y si conseguía escapar de ella, buscaría al traidor de Clowett y le daría su merecido.

—La cabaña está siempre en orden. Algunas veces he venido a pasar fines de semana y no me gusta que falte nada —explicó Elynor.

Spencer lanzó una mirada circular. El lugar estaba bien elegido; en un par de kilómetros a la redonda, no había otra edificación.

Sin embargo, los hombres no llegaron a entrar en la cabaña. Spencer y su prisionero se quedaron en la veranda, mientras Elynor traía una cuerda, que pasó por una de las vigas que sustentaban la marquesina.

Acto seguido, se arrodilló para atar los pies del prisionero.

—Del resto me ocuparé yo —dijo Spencer—. Usted puede preparar café.

—Sí —contestó ella.

Spencer ató un extremo de la cuerda a las muñecas de Thomas. Comprobó la solidez de los nudos y luego tiró del otro extremo.

Los brazos del asesino se alzaron en el aire. Dado que los tenía a la espalda, su postura resultaba terriblemente forzada. Spencer hizo que los pies de Thomas se elevaran un poco, aunque las puntas quedasen por el momento apoyadas en el suelo. Ato la cuerda y quitó la cinta adhesiva que tapaba la boca del forajido.

Thomas lanzó una horrible imprecación.

—Suélteme —aulló—. Los brazos me duelen...

—Suelta primero la lengua —dijo el joven, impasible.

Thomas le escupió a la cara. Spencer pudo eludir el salivazo. Luego se encogió de hombros.

—Estarás así mientras desayunamos —manifestó—. Pero todavía tienes las puntas de los pies en el suelo. Más tarde, si no has hablado, te suspenderemos por completo. Imagínate lo que pasará entonces.

Spencer dejó al prisionero, desgañitándose y vomitando insultos de todos los calibres.

Entró en la casa y se dirigió hacia la cocina.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Elynor.

—Todavía no, pero ya hablará.

—Buck, ¿le parece éste un procedimiento decoroso para conseguir lo que deseamos?

Spencer observó cierta aprensión en la voz de la muchacha.

—Thomas no aceptará dinero. Me gustaría que fuese así, pero él no nos ha dado otra opción —contestó.

Elynor calló. El café estaba ya hecho y llenó dos tazas.

De pronto, cuando ya había tomado unos sorbos de café, Spencer dijo:

—¿Sabe, Elynor? Creo que al fin he dado con el escondite de las cintas que se llevó Peggy.

—¿De veras? —exclamó ella, muy interesada.

—Sí. Puesto que no estaban en su casa ni en la de usted, sólo puede hallarse en un sitio. Peggy no fue a la residencia de Towless a pie.

—Es cierto. Tenía su coche...

Y como no volvió de aquel viaje, es de suponer que las cintas continúen en el coche.

—Pero Towless habrá hecho que lo registren —objetó Elynor.

—No lo creo. Trató de encontrarlas en casa de Peggy, recuérdelo. Estoy seguro de que piensa que las cintas están en la caja de alquiler de algún Banco.

—¿Y si fuese así?

—Pudiera darse el caso, pero sigo opinando que esas cintas están en el automóvil de Peggy. Lo malo del caso es que no sabemos dónde está ese coche.

—Tal vez en la residencia de Towless —apuntó la muchacha.

La voz de Thomas sonó repentinamente en el exterior.

—¡Eh, salgan! Me estoy cansando... Los brazos me duelen de un modo horrible... Spencer abandonó la cocina, seguido por Elynor. Al llegar a la veranda, observó a Thomas y vio que tenía la cara cubierta de sudor.

—Suéltense —pidió el forajido—. Ya no puedo aguantar más...

—Usted era el hombre duro, capaz de resistirlo todo —dijo Spencer—. Aún puede aguantar un poco más.

Thomas lanzó un atroz juramento. Spencer agarró a la joven por un brazo.

—Vámonos a dar un paseo; la mañana invita a disfrutar del paisaje —dijo con acento intrascendente.

Media hora más tarde, la moral de Thomas se derrumbó por completo.

Spencer le contempló casi con lástima. Pero no cabía sentirse demasiado compasivo con un sujeto que no había conocido la piedad con sus víctimas.

Las fuerzas de Thomas habían llegado a su límite.

—Lo diré todo, pero... suélteme..., suélteme —pidió, casi llorando.

—Aflojaré un poco la cuerda —dijo Spencer—. Pero ten en cuenta que si tus respuestas no me satisfacen, tus pies no se apoyarán ni siquiera por las puntas en el suelo.

Thomas hizo un gesto afirmativo. Lo diría todo. De momento, lo importante era dejar de sufrir. Después..., bien, ya le llegaría la hora del desquite.

Habló durante algunos minutos. Spencer, prevenido, grabó sus declaraciones.

Elynor oyó, horrorizada, al pistolero, y se sintió espeluznada al conocer la forma en que había muerto Peggy. A Spencer, sin embargo, le interesaba más conocer dónde había sido sepultada, ya que el cadáver sería la prueba que condenaría a Towless definitivamente.

—No lo sé, no sé qué hicieron con el cuerpo... —dijo Thomas, temeroso de haber ido demasiado lejos con sus declaraciones.

—Muy bien, ya lo dirás.

Spencer se acercó a la cuerda. Thomas lanzó un aullido de pánico.

—¡No, basta! Se lo diré...

Momentos después, Spencer formulaba la última pregunta a su prisionero.

—¿Dónde está el coche de Peggy?

—En... el garaje... El señor Towless dispuso que lo guardásemos allí por el momento...

—Está bien. Ahora, tiéndete en el suelo, boca abajo.

Thomas obedeció. Spencer lo ató como un salchichón, con la cuerda que había servido para suspenderlo de la viga.

—Eh, oiga, ¿pero no me suelta? —protestó Thomas al

comprender las intenciones del joven.

—¿Me tomas por tonto? Quise hacer un pacto contigo, pero tú lo rechazaste, recuérdalo.

—Le he dicho todo...

—A la fuerza, no porque te sintieses deseoso de cooperar. Por tanto, no tengo ningún compromiso contigo.

Thomas fue arrastrado hasta el interior del edificio, en donde, todavía, Spencer lo ató a una cama, tras haberlo colocado encima del colchón. Finalmente, le tapó la boca y salió a la veranda.

—Listos, Elynor —anunció.

Ella le dirigió una mirada llena de aprensión.

—¿Es..., es el último acto de la representación? —preguntó.

—Sí.

—Se desarrollará en casa de Towless, supongo.

—Es el escenario más adecuado, Elynor.

—Pero todavía le quedan esbirros..., los guardas que vigilan su residencia...

Spencer sonrió.

—Usted dijo que estaba dispuesta a gastarse toda su fortuna, si era preciso —recordó.

—Es cierto, y lo sigo sosteniendo, Buck.

—En tal caso, vamos a hacer dos cosas: visitar a Alan Turner y al cajero de su Banco.

—¿Quién es Alan Turner? —preguntó Elynor, muy intrigada.

—El editor del *Sentinel*. No es el diario más importante de Mandeville, pero Turner es honrado. Y es la única persona que se permitió poner en duda la decisión del jurado al condenarme.

—Creo que entiendo. Va a pedirle ayuda, ¿no es así?

Spencer asintió sonriendo.

—Sí —confirmó—. ¿Vamos?

Echaron a andar hacia el automóvil. Lucía un sol radiante, aunque la temperatura era fresca. El lago parecía un espejo dorado, apenas rizada su superficie por el soplo de una leve brisa.

Momentos más tarde, arrancaban en dirección a Mandeville. En el instante de ponerse en marcha, Elynor se sintió atacada por cientos de escrúpulos.

—Buck, ¿no será peligroso dejar ahí a un hombre como Thomas? —consultó.

—Thomas sería mucho más peligroso si estuviese libre —
respondió él tranquilamente.

CAPÍTULO XV

El director del *Sentinel* escuchó las grabaciones en silencio, mientras arrancaba frecuentes nubes de humo a su vieja pipa. Cuando el magnetófono se hubo detenido, después de la declaración de Thomas, dijo:

—Esto hundirá a Towless.

—Es lo que buscamos desde hace tiempo —contestó Spencer.

—Se lo tiene bien merecido —observó Turner—. Pero, de todas formas, te advertiré una cosa, muchacho: ninguna de estas cintas pueden ser admitidas como prueba en un juicio.

—Nunca he pretendido tal cosa, sino llegar al conocimiento de la verdad. En realidad, mis intenciones fueron las de rodear a Towless por completo, dejándole sin escapatoria posible.

Turner sonrió.

—Va a ser el maestro corregido por el alumno —comentó—. El Círculo de Oro, rodeado por otro círculo.

—Exactamente. Nunca hemos pretendido otra cosa.

El periodista enarcó las cejas, a la vez que miraba a la muchacha.

—Has hablado en plural, Buck —dijo.

—Sí, señor.

—Yo también tengo interés en derrotar a Towless, ¿no le parece? —exclamó Elynor.

—Sí, es cierto. Bien, en la edición de esta tarde, saldrá la noticia. Las grabaciones no son prueba, por supuesto, pero espolearán a actuar a un fiscal demasiado tolerante con las tropelías de Towless y su Círculo de Oro.

—Eso es, simplemente, lo que he pretendido desde el primer momento. Pero no podía venir a usted, hasta que hubiera

conseguido reunir todas las grabaciones.

Turner asintió.

—Has hecho bien —elogió con sencillez—. Y ahora, dime, ¿cuál será tu próximo paso?

—Voy a hablar con Towless.

—Será una entrevista muy difícil, muchacho.

—Lo sé, pero ya es hora de que nos veamos cara a cara, señor Turner.

—Es lógico. Dime, ¿volverás luego a la policía?

—No.

—Habrás demostrado tu inocencia...

—Pudieron haberme ayudado y se lavaron las manos. Naturalmente, no incluyo a todos los policías de Mandeville; sólo a algunos, y usted sabe a quiénes me refiero.

—Sí, muchacho, es cierto. «Algunos» policías se han mostrado demasiado complacientes con Towless. Pero no el capitán Smart, por ejemplo.

—Es un hombre honesto.

Spencer se puso en pie.

—Vámonos, Elynor —dijo.

Ella se levantó también.

—Gracias, señor Turner.

—Felicidades —contestó el periodista socarronamente.

—Eh, oiga, entre esta chica y yo no...

Turner no dejó que Spencer siguiera protestando.

—Tengo los años suficientes para saber cómo acabará la cosa —le atajó—. Y si no sale como pienso, es que soy tonto de remate.

Elynor sonrió dulcemente.

—Usted no es tonto, señor Turner —dijo.

Salieron a la calle.

—Turner es un mal profeta —gruñó Spencer, en el momento de sentarse tras el volante del coche.

—¿De veras lo crees así, Buck? —preguntó Elynor.

Spencer se sorprendió del inusitado tratamiento que le aplicaba la muchacha. Luego, tras un bufido, hizo girar la llave de contacto.

El automóvil, convenientemente modificado en algunos puntos de su estructura, se detuvo al atardecer junto al portón de acceso a la residencia de Towless.

Un par de poderosos altavoces, montados sobre el techo del vehículo, emitieron un sonoro bramido:

—¡Eh, chicos, oigan esto! Escuchen la confesión de Boney Thomas. Oigan toda la verdad sobre el asesinato de Peggy Tuthall. Lo más interesante que jamás se ha escuchado sobre un crimen. Oigan, oigan...

El trueno de los altavoces llegó hasta la casa, donde Towless, nervioso e impaciente por la tardanza de Thomas, se paseaba como león enjaulado. Thomas se había ido bien pasada la medianoche y no sólo no había regresado con Jane Mac Leigh, sino que no había noticias suyas en absoluto.

Ahora las tenía y, con ojos dilatados por el asombro y la furia, escuchó las declaraciones del pistolero, respuestas a las preguntas que le formulaba Spencer, cuya voz se percibía igualmente con toda claridad.

Momentos después, Towless se precipitó fuera de la casa, emitiendo un rugido de ira:

—¡Salgan fuera! ¡Destruyan esos altavoces, sea como sea! Si hay alguien con esos malditos cacharros, mátenlo.

Cinco hombres se precipitaron hacia la entrada, junto a la cual estaba el vigilante de turno, perplejo y desconcertado, sin saber qué hacer. Pero, de pronto, por encima de la tapia empezaron a revolotear unos papeles alargados y de color verde.

—¡Dinero! —aulló uno de los pistoleros.

—¡Dinero, dinero...!

Más billetes continuaban lloviendo de lo alto. La algarabía era espantosa. Los vigilantes se peleaban por apoderarse de un mayor número de aquellos preciosos papeles.

El altavoz tronó de nuevo.

—¡Fuera hay más dinero, muchísimo más dinero!

El portón se abrió. Seis hombres, enloquecidos por la noticia, se precipitaron fuera del recinto.

En el techo del vehículo, Spencer, con un saquete en la mano izquierda, arrojaba puñados de billetes a lo alto. La derecha le servía para sacar los billetes y dispersarlos en todas direcciones.

—Dinero, dinero, dinero... —gritaba, con el micrófono que llevaba pendiente del cuello, conectado a los altavoces.

Elynor contemplaba la escena, pegada a la puerta. Los vigilantes ni siquiera habían reparado en ella.

De repente, Spencer agarró el saquete y, tras voltearlo un par de veces por encima de su cabeza, lo lanzó a gran distancia. Seis individuos, enloquecidos por la codicia, se precipitaron en seguimiento de aquel tesoro.

Spencer saltó al suelo y cruzó el umbral, junto con la muchacha. Cerró el portón y lo aseguró con la tranca de metal, que funcionaba por medio de un mecanismo eléctrico.

Luego avanzó hacia la casa.

Towless les aguardaba en la terraza, armado con un revólver.

—No me han derrotado todavía —dijo.

Spencer sonrió.

—Está vencido, irremisiblemente vencido —contestó.

—Las grabaciones nunca serán prueba en un juicio. Por otro lado, olvidaron un detalle importante: Boney no les dijo dónde está el cadáver de Peggy. Es lo único que podría comprometerme seriamente. Lo otro..., bien, será cuestión de dinero y lo tengo en abundancia. ¿Comprenden ahora cuál es mi situación?

Spencer no se inmutó.

—Hardon Towless, cuando vinimos aquí, fue porque estábamos seguros de que el paso que íbamos a dar era definitivo —manifestó tranquilamente.

* * *

Las cejas de Towless se levantaron.

—A ver, cuente, cuente —pidió, burlón—. Resultará muy interesante escucharle.

—Puede estar seguro de ello, Hardon. En primer lugar, hablaremos de los seiscientos mil dólares de la Southern Transports, que usted, ayudado por otros, estafó, haciendo recaer las culpas sobre el contable principal, Ransome.

—Mi padre —dijo Elynor, muy seria.

—Nunca creí yo que Ransome fuese el culpable. Pero era casi recién ingresado en la policía y carecía de la experiencia necesaria

para llevar el caso a buen puerto —continuó Spencer—. A pesar de todo, usted se dio cuenta de que podía obtener buenos resultados y decidió deshacerse de mí, con aquellos billetes marcados que se encontraron en mi casa. Elynor tuvo que declarar que su padre y yo habíamos sido buenos amigos y que el dinero procedía del soborno hecho para que yo callase la verdad y desviase las investigaciones hacia otro culpable, falso o verdadero. Logró convencer a los demás de que su punto de vista era el único aceptable y yo fui a parar a la cárcel.

—Muy justamente, todo sea dicho —contestó Towless con acento burlón.

—Mientras tanto, usted continuaba su carrera de tropelías, complicando en ella a cuantos estimaba útiles, de tal modo, que podía parecer que eran ellos los que ejecutaban o hacían ejecutar los asesinatos de las personas que, o bien estorbaban o bien no se plegaban a sus designios. En un principio, se habían unido a usted por codicia, para aumentar sus ingresos ilegalmente, aunque bajo la capa de honrados negocios. Luego se dieron cuenta de que habían caído en las garras de un hombre sin escrúpulos, del cual no era posible escapar. Para complicarles más todavía, les ordenaba ejecuciones que usted dictaba de antemano. Ellos aparecerían como los inspiradores y usted quedaría libre. Y no podían negarse, porque eran tan codiciosos como cobardes y sabían que morirían en caso de no obedecerle. Así llegó a formarse el Círculo de Oro, al cual, más exactamente, se debería llamar Círculo de Sangre.

—Muy interesante todo, pero, repito, no hay pruebas —insistió Towless, desdeñoso.

Spencer fue a decir algo, pero Elynor se le adelantó:

—¿Por qué complicó a Molly Tythall en su organización? —quiso saber.

—Había cometido una pequeña estafa, con los fondos de un cliente —respondió Towless—. Yo le adelanté el dinero, pero me guardé los documentos que podían arruinarla.

—Chantaje —calificó la muchacha.

—Sí —admitió Towless sin pestañear.

Luego se volvió hacia Spencer:

—Insisto, esas grabaciones no serán consideradas como prueba. Es cierto que me causarán considerables trastornos, pero lo

arreglaré todo con dinero.

—Yo también tengo dinero, tanto o más que usted —exclamó Elynor—. ¿Cree que no sabré emplearlo para hundirle definitivamente?

Towless sonrió.

—A veces, tienen ideas ingeniosas —dijo—. Confieso que a mí no se me habría ocurrido lanzar montones de billetes por el aire. Me he quedado solo, pero eso no significa que esté vencido.

—Clowett aceptó dinero por hablar. Thomas no lo hizo así y habló —intervino Spencer—. Thomas era un hombre leal.

—Todavía vive, Hardie.

—Ah, entonces, no lo han matado.

—No somos asesinos —contestó la muchacha con repugnancia.

—De todas formas, Thomas refutará en el juicio todo lo que ustedes le obligaron a declarar —aseguró Towless.

—¿De veras lo cree así? —preguntó Spencer.

—Estoy seguro, absolutamente seguro.

Spencer agitó una mano.

—Venga conmigo, por favor —pidió.

Towless le siguió, muy intrigado, dándose cuenta de que el joven se dirigía hacia la terraza posterior. Cuando llegaron allí, Spencer dijo:

—Antes, cuando usé los altavoces del coche, no empleé la cinta completa con todas las declaraciones de Thomas. Una copia de esa cinta, completa, está en poder del director del *Sentinel*, quien la publicará en la edición de esta tarde.

Towless se puso pálido.

—¿Cuál es el as que guarda en la manga? —preguntó.

—El cadáver de Peggy Tythall —contestó Spencer.

—Jamás lo encontrarán...

Spencer se acercó a la pared y movió un pequeño interruptor. Casi en el mismo instante, se produjo un leve remolino en las tranquilas aguas de la cercana piscina. Unas cuantas burbujas subieron a lo alto. Towless tenía la mandíbula colgando, observó Elynor.

—Acabo de abrir la compuerta de desagüe —dijo Spencer—. La piscina se vaciará. Bajo las losas del fondo está enterrada Peggy.

Hubo una pausa de intenso silencio. Spencer volvió hablar:

—Peggy vino aquí con una serie de cintas grabadas, que usted no ha podido encontrar. Están en su coche, el que usted ordenó encerrar en el garaje. Aunque después de esto, ya no tienen importancia.

Towless reaccionó súbitamente.

—Muy bien, pero no se irán de aquí vivos —exclamó, loco de ira.

Alzó el revólver y disparó una vez. Spencer intuyó el gesto y seladeó, aunque no con el tiempo suficiente para evitar que la bala le atravesara el hombro izquierdo.

El impacto le hizo rodar por el suelo. Elynor chilló.

Sonaron más disparos. Pero no procedían del revólver de Towless, sino del que empuñaba un hombre que había surgido repentinamente, seguido por varios agentes de uniforme.

Towless retrocedió, con el pecho lleno de sangre. La incredulidad se reflejaba en sus ojos.

—Capi... tán... Smart... —dijo, con voz desfalleciente.

El recién llegado asintió. De pronto, Towless giró sobre sus talones y se desplomó hacia delante. Cayó a la piscina, provocó un fuerte chapoteo y luego se hundió lentamente en las aguas, hasta quedar inmóvil en el fondo.

Elynor pensó que era como una especie de justicia poética. El asesino había ido a morir en el mismo sitio donde había enterrado a su víctima.

Luego vio a Spencer sentado en el suelo, oprimiéndose el hombro herido con una mano, y corrió ansiosamente hacia él.

El joven se volvió hacia Smart.

—Capitán, la piscina quedará vacía dentro de unos minutos. Levanten las losas del fondo; encontrarán el cadáver de Peggy Tythall.

—Así lo haremos —prometió el policía.

* * *

—Yo creo que Peggy llegó a comprender la verdad —dijo Spencer, con el hombro vendado, reclinado en una pirámide de almohadones—. Probablemente, tenía también la debilidad en que incluyó su hermana Molly, quizá, confió en que nosotros la

ayudaríamos a salir del mal paso que había dado. Pero Towless no lo permitió; no sólo buscaba matarme a mi, sino también a ella.

—Y Peggy quería vengar la muerte de su hermana —murmuró Elynor.

—Sí. Te robó las cintas no por mala fe, sino porque esperaba probar luego que su acto había estado enteramente justificado. Cometió un error y lo pagó con la vida.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Ya hemos llegado al final del drama —dijo.

—Así es —concordó el convaleciente.

Elynor le miró de pronto con interés.

—Le dijiste a Turner que no volverías a la policía —exclamó—. ¿Cuáles son tus propósitos, Buck?

—Estaba a punto de acabar mi carrera de abogado. Volveré a mis estudios.

—Casado, supongo.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser, hombre? ¡Conmigo!

—Elynor, no digas tonterías...

La muchacha se inclinó hacia él.

—No me rechaces sólo porque tenga mucho dinero. Si no quieres casarte conmigo, dime que no me amas; será una razón de peso..., pero estoy segura de que me quieres.

¿No es verdad, Buck Spencer?

El brazo sano del herido se movió para atraer a Elynor hacia sí.

—Es cierto —murmuró Spencer—. Te quiero demasiado para dejarte marchar de mi lado.

—Yo no me iría —aseguró la muchacha—. Hemos pasado muchos peligros juntos, para separarnos ahora que llega la época de la paz y la tranquilidad. Y, espero, durará mientras vivamos.

—Así será —corroboró Spencer, lleno de seguridad en el porvenir.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.